

SERVICIO
SECRETO

SS

REQUIEM POR UN SENADOR

Albert Rosbund



REQUIEM POR UN SENADOR

SS Nº 1504

Autor: Albert Rosbund

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

HASTA mis oídos llegó perfectamente el sonido ininterrumpido del despertador. Alargué un brazo sin necesidad de abrir los ojos y mirar, bajé la palanquita y de nuevo reinó el silencio. Pero eso no cambiaba las cosas. Había sonado el toque de diana y ya estaba despierto. Amanecía un nuevo día para un mismo trabajo.

Mi nombre es Hawk, John Hawk, y soy uno de los ayudantes del sheriff del condado. Esta es una tierra árida, bastante inhóspita, cercana al desierto, en el sudoeste del país. Fenell County no es más que un condado pequeño, minúsculo diría yo, dentro del gran Estado al que pertenece, apacible, tranquilo, sin grandes problemas, del cual apenas se acuerda nadie. La capital se llama Fenell City y es una ¿ciudad? de unos veinte mil habitantes. Los otros lugares del condado, pocos y muy diseminados, son vulgares pueblos o aldeas que no sobrepasan las mil almas; incluso en algunos no llegan al centenar. Borracheras, peleas a puño limpio, algún que otro caso de drogadicción, robos, una esporádica violación, buscar algún indio fugado de la reserva cercana, poner una multa a los niños bonitos que gustan fardar de coche con sus amiguitas y juegan a las carreras por las vías comarcales... ése es más o menos nuestro trabajo, aparte de tomar el sol y sudar.

Después de duchado, afeitado y vestido, no tengo más remedio que prepararme el desayuno por la sencilla razón de que vivo solo. Una mujer, viuda, la señora Ferguson, viene un par de veces a la semana para hacer la limpieza general de la casa y lavar la ropa. De la cocina me encargo yo, aunque muchas veces no hace falta porque suelo comer en la oficina y me traen los platos del snack-bar de Mac

Alister: no está mal lo que allí guisan y es barato.

Mientras saboreaba el café, mis pensamientos volvieron de nuevo a Fenell City. El día había sido declarado festivo y, por tanto, el pueblo, con toda seguridad, respiraría otro aire. Habría guirnaldas, banderas, pancartas... La gente luciría sus mejores vestidos, los de los domingos cuando acuden a la iglesia o se dedican a pasear por Central Avenue... La banda de música no faltaría, tampoco las principales autoridades. Sí, allí estarían, a la puerta de la City Hall, el alcalde Samuel Carrigan, con su reluciente calva y su orondo vientre, el juez James Wood, siempre con los ojos enrojecidos y abultados debido a los excesivos tientos que le da a la botella, y por supuesto mi jefe, el sheriff Richard Morley, un hombre robusto, de fuerte carácter, que siempre suele acompañarse de Steve Lutz, su otro ayudante. Yo soy la oveja negra, el que se quedará en la oficina, sin fiesta, atento a la radio, ahuyentando a las moscas y bebiendo sorbitos de «Coca-Cola»... pero uno no tiene la culpa de ser mestizo.

Es cierto. Soy un mestizo. Hijo de padre blanco y madre piel roja, apache chiricahua para más señas. Mis progenitores ya no viven y lo único que me dejaron fue una modesta casa, que es el lugar en donde vivo. Encontrar trabajo no me fue del todo fácil, pues las discriminaciones todavía siguen existiendo, aunque los políticos digan que no, pero eso no es más que verborrea de campaña. Yo, por ejemplo, gracias a esto he llegado a ayudante del sheriff del condado.

Me explicaré. Mi padre tenía bastante amistad con los Hunt, una de las familias más poderosas de este pueblo. Un buen día, Paul Hunt, el primogénito, vino a verme a la gasolinera donde yo trabajaba como encargado y me dijo que estaba dispuesto a ayudarme, porque yo era un tipo que valía y no había derecho que únicamente me dedicara a abrir el tapón del depósito de los coches para meter el caño. Por aquel entonces, Paul Hunt ya hacía sus pinitos políticos y yo me dejé llevar por él, ¿quién no quiere mejorar? Así que hice unos cursillos, saqué buenas calificaciones y terminé como ayudante del sheriff del condado. Con esto se demostraba que un mestizo podía ser útil a la sociedad ocupando un cargo oficial. Y Paul Hunt, con el tiempo, llegó nada menos que a senador.

Precisamente la fiesta que se preparaba en Fenell City era en su honor, como reconocimiento al hijo predilecto, al hijo más distinguido del condado. Paul Hunt acababa de ser elegido senador por el Estado y ahora, tras la tormentosa campaña electoral, se había retirado a su pueblo natal con el fin de descansar unos días. Los Hunt son propietarios de una vasta extensión de terreno, en las afueras del pueblo, y allí viven el viejo patriarca, orgulloso y autoritario, su esposa, una afable dama condenada desde hace unos años a un sillón de ruedas, y el hijo menor, un joven bastante revoltoso y pendenciero. Entre ambos varones, existe una hija, Elizabeth, que está casada con uno de los principales colaboradores de su hermano Paul. Yo había tenido ocasión de saludarlos a todos el día anterior, durante la visita que habian efectuado a la reserva india.

La Yellow Hand Indian Reservation ocupa buena parte de nuestro condado y otro tanto del vecino del Este. Los indios allí reunidos son todos ellos apaches: unos cuantos mescaleros, chiricahuas, mimbrenos, pinals, coyoteros, tontos..., ninguno de ellos puro, por supuesto, más muertos que vivos, y que mantienen como las especies de un zoológico, para curiosidad de los turistas y para el estudio de algún que otro etnólogo. Mi padre sacó a mi madre de allí y realmente no hizo ningún buen negocio porque a partir de entonces mucha gente le dio de lado y vivimos un tanto apartados de la sociedad de Fenell City. La piel cobriza, diga lo que se diga, sigue sin gustar.

En fin, me dije mientras me ajustaba el cinto con el revólver, ¿para qué meditar más sobre estos asuntos? Son ganas de calentarse la cabeza para nada. Tomé el sombrero de ala ancha, me lo coloqué y salí de casa.

Era un buen día, ni caluroso ni frío, sin nubes, con un precioso cielo azul turquesa. Seguro que acudiría mucha gente de los alrededores para vitorear al hombre de Fenell County que más alto había llegado.

* * *

Lukas Conally y familia eran de Jasper, pequeña población ubicada quince millas al noroeste de Fenell City. Lukas Conally era propietario de un parador de carretera que no le iba del todo mal. Aquel día decidió cerrar el negocio porque, según él, Paul Hunt se

lo merecía. Había seguido su trayectoria política, se jactaba de conocer a los hijos de Peter Hunt desde que eran unos mocosos y, desde luego, le debía bastante al viejo patriarca porque gracias a un préstamo suyo logró sacar adelante su negocio. Así pues, se consideraba en la obligación de ir a formar parte de la muchedumbre que jalearía al recién elegido senador.

Los Conally eran cuatro: los padres y dos hijos, varón y hembra, de dieciocho y quince años respectivamente. Todos ellos se vistieron con sus mejores galas y sólo el mayor de los hijos se permitió una ligera observación:

—Parece como si fuésemos a ver al Presidente.

A Bobby Conally le fastidiaba, ciertamente, hacer aquel viaje. Hubiese preferido quedarse en el pueblo, con amigos y amigas cuyos padres no eran tan politiqueros como el suyo. Pero...

—Muchacho —le replicó severamente su padre—, cállate o te cierro la boca de un guantazo.

Las mujeres, como casi siempre, dieron la nota. No paraban de mirarse y requetemirarse en el espejo, dándose los toques que creían necesitar.

Lukas Conally se desesperaba consultando su reloj.

—Pero ¿es qué nunca en la vida podremos ser puntuales? —bramaba, mientras su hijo varón le observaba con una sonrisita de burla—. Seguro que los demás ya han partido hacia Fenell City...

No se equivocaba. Los agasajadores de Jasper habían quedado de acuerdo en reunirse en la Plaza Mayor a las nueve de la mañana, para partir desde allí en caravana hacia la capital del condado. Y a esa hora en punto iniciaron la gran marcha, encabezada por el «Ford Mustang» de Lucius Simpson, el mandamás de la pequeña comunidad.

Los Conally, en el interior de su coche tipo ranchera, recién lavado y reluciente como la ocasión exigía según el cabeza de familia, encontraron la Plaza Mayor desierta. Sólo deambulaba por allí Lester, el viejo borrachín, quien ya de buena mañana iba colocado. Al verlos, soltó una risita cascada y gritó:

—¡Pelotas!

Luego, continuó su camino de esos.

Lukas Conally no le hizo el menor caso. En aquellos momentos se daba a todos los demonios, desahogándose con las dos mujeres.

—¡Toda la culpa es vuestra, maldita sea! Si sabéis que tardáis tres horas en estar listas, ¿por qué comenzáis cuando falta una hora para salir?

La madre y la hija ponían caras compungidas, mientras Bobby reía para sus adentros. Lukas Conally siguió lanzando improperios un rato más, ante el silencio respetuoso de los otros tres miembros de la familia, y por último le dio un manotazo al volante, mascullando:

—¡Tendremos que tomar el atajo de la Cañada del Esqueleto si queremos alcanzarlos!

No le hacía ninguna gracia, pero no le quedaba más remedio si quería formar parte de la comitiva de Jasper a la hora de entrar en Fenell City. El atajo de la Cañada del Esqueleto era un camino vecinal, lleno de polvo y piedras, estrecho y en buena parte de su recorrido con un temible barranco bordeándolo por un lado. Por supuesto, atravesaba una pequeña cañada que le daba el nombre, puesto en las épocas heroicas del Far West. Lukas Conally temía sobre todo por su coche, que se le iba a poner perdido, y también porque las probabilidades de pinchazo serían mayores.

Bobby, que iba sentado en el asiento posterior, llevaba el rostro pegado a la ventanilla derecha, disfrutando secretamente con el riesgo que suponía un descuido por parte de su padre, que los condenaría irremediabilmente —si el coche salía despedido hacia ese lado— al vacío que se extendía ante sus ojos de adolescente travieso. Su madre prefería mirar al frente, su padre iba ceñudo y soltando gruñidos malhumorados y su hermana continuaba arreglándose el vestido comprado para esta ocasión, aún no totalmente satisfecha de cómo le había quedado.

—¡Ey! ¡Ey! ¡Ey! —exclamó de pronto el joven, dando unos botes en el asiento.

—¿Qué pasa? —espetó su padre, echándote una furibunda mirada por el espejo retrovisor.

—¡Mirad a la derecha! —señaló con un dedo.

—¡Yo me mareo! —se excusó rápidamente su madre.

—¿Quieres que nos matemos, gracioso? —rezongó Lukas Conally.

—¡Allí, mirad! —insistió el joven.

Sólo le hizo caso su hermana. Abrió unos ojos como platos y

exclamó:

—¡Buitres!

—¡Eso es! —cabeceó Bobby— ¡Buitres en el cielo, trazando círculos!

—¡Oh! —se espantó ya la señora Conally.

—¡Y mirad cómo algunos se lanzan en picado! —agregó entusiasmado Bobby.

—¡Oooh! —se llevó las manos al rostro su madre.

—Alguna carroña... —opinó Lukas Conally, todavía sin mirar.

—No sabía que a los cuerpos humanos se les llamara carroña, papá —comentó Bobby.

—¿Qué dices, desgraciado? —aulló su padre, frenando bruscamente—. ¿Es qué tienes ganas de estropear me el día de fiesta?

—No, papá. Pero yo lo he visto perfectamente. Y también Dorothy, ¿verdad?

Su hermana estaba pálida. Asintió.

—Ahí abajo hay un cuerpo humano —siguió diciendo Bobby—, posiblemente sin vida.

CAPÍTULO II

ME llevaba el vasito de papel parafinado a los labios cuando un hombre robusto, con el rostro congestionado, a quien reconocí de inmediato como Lukas Conally, el dueño del parador próximo a Jasper, entró súbitamente en la oficina, sin llamar. Me miró con ojos un tanto desorbitados y ladró:

—¡John: hemos descubierto un cadáver!

La «Coca-Cola» me supo a aceite de ricino. Dejé el vasito sobre la mesa, ahuyentando así a un curioso grupito de moscas, y me puse en pie lentamente, irguiendo mi metro ochenta y cinco de estatura.

—¿Qué dices? —le pregunté, extrañado, creyendo haber oído mal. Los únicos cadáveres que veía eran los de los conciudadanos difuntos, cuando acudía a los velatorios; el jefe prefiere las fiestas.

—¡Hay un cadáver en la Cañada del Esqueleto! ¡Lo vimos cuando veníamos para acá! ¡Y se lo están comiendo los buitres!

Comencé a sudar, a pesar del ventilador que procuraba el suficiente aire como para no ahogarse en aquel cubil. Un cadáver. Era cierto. Había escuchado bien y Lukas Conally no parecía borracho ni ido.

—Está bien —dije, tomando mi sombrero—. Vayamos a verlo, Lukas.

—Oh, no, eso no —apoyó su negativa con la cabeza, moviéndola de un lado a otro—. Yo te he pasado el aviso y con ello he cumplido.

—Pero...

—He venido con mi familia por lo de Hunt y ni un cadáver ni tú, me vais a impedir que asista a la fiesta. Además, yo no sé nada del

cadáver ni tampoco de la forma en que murió.

—¿No era nadie conocido?

—No bajé a verlo. De todas formas, utilicé los gemelos que llevo siempre en el coche. Por lo que observé, se trata de una mujer, una india para ser más exactos.

—Una india...

—Sí. Con toda seguridad sería una de la reserva. El límite Oeste de ésta bordea la Cañada del Esqueleto. La muchacha debió tener mala suerte y caer, digo yo.

—Habrá que comprobarlo.

—Ese es tu trabajo. Bueno, me largo, John. Los míos me están esperando.

Lukas Conally, ya más sereno, con el convencimiento de que ya había cumplido con su deber, dio media vuelta y saltó con paso presuroso de la oficina.

Me quedé unos instantes pensativo, terminé la cola y por fin abandoné el cubil, dejando el ventilador en funcionamiento porque si no, a la vuelta, aquello sería un horno.

Encaminé mis pasos hacia el Ayuntamiento, donde esperaba encontrar a las personas que me interesaban. Durante el trayecto vi las calles más llenas que nunca, con gente vocinglera y festiva. Muchos portaban pancartas felicitando al recién elegido senador. Los balcones y ventanas se veían adornados con banderas y flores. Ya se oía a la banda de música local y en la Main Street había preparada una larga traca. Se habían cuidado todos los detalles, excepto la aparición de un fiambre a unas cuantas millas del lugar del festejo.

En la puerta del Ayuntamiento se hallaba la comitiva de recepción. Todos elegantes, pulcros y nerviosos, esperando la llegada de los Hunt y compañía.

Richard Morley, mi jefe, puso mala cara al verme avanzar hacia él. Supongo que debió adivinar que traía alguna noticia desagradable. Sus ojos gris acero me miraron con fijeza, al adelantarse a los demás para salirme al paso, y sus gruesos labios se movieron para preguntar:

—¿Qué ocurre, John?

No me anduve por las ramas. Y hablé lo suficientemente alto como para que los otros me oyeran:

—Lukas Conally ha descubierto un cadáver en la Cañada del Esqueleto.

Hubo una pequeña conmoción en el grupo de autoridades y prohombres. Creo que a más de uno el traje se le quedó pequeño.

Los párpados de mi jefe se entrecerraron, sus pupilas lanzaron rayos láser, pero yo continué en mi sitio, inmutable.

—He creído conveniente venir a informarle antes de salir para allá —agregué. Los otros ya se acercaban a nosotros, estirando los cuellos para escuchar mejor—. Parece ser que se trata de una india. Y los buitres ya han comenzado su festín. Habrá que retirar el cadáver cuanto antes. —Miré al juez—. Será precisa su presencia, Wood.

James Wood, juez del condado, respingó.

—¡Yo no me puedo mover de aquí! ¡Tapen el cuerpo con unas mantas y ya iré cuando pueda!

Ahora miré a mi jefe.

—Encárgate de todo, John —me dijo—. Seguramente será un caso sin importancia. Un accidente. Y no digas nada a nadie. No fastidiaré la fiesta por una india muerta, ¿eh?

No me alteré por aquellas palabras porque sabía perfectamente con qué clase de tipos me trataba. Un día explotaría. ¿Cuándo?

—¿Nadie viene conmigo? ¿Y Steve?

—Steve ha de encargarse del orden aquí. Así lo acordamos.

—Como se trata de una india... ¿ha visto a Keegan?

—No.

—Sería bueno que él me acompañara para la identificación.

—Pásate por la reserva.

—Es lo que haré.

De pronto, nos quedamos en silencio. No teníamos ya nada más que decirnos. Me llevé dos dedos al ala del sombrero, en gesto de despedida, y giré sobre mis talones para alejarme camino del jeep.

La gente parecía reproducirse por generación espontánea. Desde luego, Paul Hunt iba a tener un gran día de solidaridad por parte del condado de Fenell. Había representaciones de todos los pueblos, con sus pancartas desplegadas al aire, profiriendo gritos, muchos de ellos ininteligibles.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —oí gritar a unos chiquillos cuando ponía en marcha el jeep.

Era cierto. Una brillante cinta metálica iba recorriendo la Washington Street. Una procesión de «Rolls Royce» y «Cadillac» venía trayendo a Paul Hunt, su familia, sus colaboradores...

Ellos venían y yo me iba.

CAPÍTULO III

PASÉ por la reserva. Thomas Keegan, el director, ya no se encontraba allí.

—Ha ido a la fiesta homenaje en honor de Paul Hunt —me informó uno de los agentes indios, Águila Veloz, un viejo conocido—. Ya sabes que una de las primeras cosas que hizo el senador nada más llegar al condado fue visitar la reserva. Hay que corresponder...

—No le vi por el Ayuntamiento, tampoco me crucé con él por el camino.

—Se entretendría en algún lado.

—Bueno, no importa. Tú puedes servirme igualmente.

—¿De qué se trata?

—Hay un cadáver en la Cañada del Esqueleto. Parece ser el de una india, ¿Habéis echado en falta a alguien?

—No...

—Mejor será que me acompañes. ¿Puedes?

—Sí. Espera un momento. Hablaré con mi compañero.

Regresó al edificio donde se encontraban las oficinas. Yo permanecí sentado en el lugar del conductor del jeep, de donde no había tenido que moverme ya que, nada más parar el motor, había hecho acto de presencia Águila Veloz. A lo lejos pude observar el caminar un tanto cansino de varios indios que parecían no saber adónde ir. El sol comenzaba a hacer de las suyas, convirtiendo la tierra en una sucursal del infierno.

—¡En marcha! —saltó a mi lado Águila Veloz, sacándome de mi abstracción.

No me había dado cuenta de su retorno. Le di al encendido y partimos.

El trayecto lo realizamos en completo silencio, cada uno con sus propios pensamientos. Conocía perfectamente el lugar, así que detuve el jeep justo en el punto por donde se podía descender fácilmente. Con ello obstruía el paso de los coches, pero esperaba no fuera ninguna molestia porque el atajo aquél era tan concurrido como el mismo desierto.

Los buitres planearon sobre nuestras cabezas, nerviosos, tal vez presintiendo que nosotros significábamos el final del festín, una vez bajamos al fondo y caminamos hacia el cuerpo grotescamente desmadejado sobre la tierra.

No era agradable su visión. Aquellas malditas aves se habían encargado de proporcionarnos un auténtico cuadro de horror. Era una mujer; una mujer india, ciertamente. Sus ropas se veían desgarradas, rotas, y su cuerpo era un sinfín de picaduras que alcanzaban su mayor grado de aversión en el rostro, labios prácticamente desaparecidos, nariz medio carcomida, ojos vaciados, frente despellejada...

—¡Malditos pajarracos! —aulló, lleno de ira, Águila Veloz, abalanzándose sobre mi revólver.

—¡Quieto! —le tomé por una muñeca. Nos miramos fijamente. Sus ojos despedían chispas de odio—. ¿La conoces?

Asintió.

—¿Quién es?

—Se llamaba... se llamaba Noemí. Era... era una buena chica.

—No lo pongo en duda.

—Por favor, déjame que los mate... —suplicó. Su vista se dirigió otra vez hacia el cadáver. Yo la seguí. Al final mi mano soltó su muñeca. Cuando escuché los primeros estampidos, ya estaba arrodillado junto al cuerpo sin vida de Noemí.

No era un gran entendido en cadáveres, eso sería asunto del forense, pero mi primera impresión fue que no presentaba ningún signo externo, claro, evidente, de violencia. Se le apreciaban rasguños, heridas, pero todo eso podía ser fruto de la caída; era la única manera de poder haber llegado allí abajo. Eso pensaba entonces.

Tomé las mantas que había traído conmigo y las extendí

cuidadosamente sobre el cuerpo de la india. Los disparos ya habían cesado. Águila Veloz solicitó, excitado;

—¡Más balas!

—Es suficiente —le arrebaté el revólver. Cuatro buitres habían mordido el polvo. El resto huía. Abrí el tambor de mi arma y comencé a recargarla, sin mirar al agente indio—. ¿Qué más sabe de ella? —le pregunté a continuación.

—No tenía familia, familia allegada, ya me entiendes. Vivía sola. No molestaba a nadie; nadie la molestaba.

—¿La conocías bastante?

—Sí.

—¿Había algo en su comportamiento que hiciera temer un... un suicidio?

—¿Crees que se ha tirado desde allá arriba?

—Es una posibilidad. Aunque también pudo caerse accidentalmente.

—No lo comprendo. No, no había nada en ella que indicara que estuviera loca o algo por el estilo.

—¿Y qué hacía fuera de la reserva?

—No lo sé. Ni siquiera sabía que estuviera fuera.

—Debió escapar.

—Sí. No es difícil. El que se lo propone, puede hacerlo. Ahora bien, ¿adónde va?

—Es cierto. ¿Adónde puede ir un indio, si casi todas las puertas están cerradas? Es por ello que nadie se marcha. ¿Por qué ella sí, una mujer sola?

No me llegó ninguna respuesta. Águila Veloz estaba tan o más intrigado que yo. Hice girar el tambor, ya repleto de munición. Solté un gruñido de aprobación y devolví el revólver a la funda.

—Podemos irnos —dije.

—¿Vas a dejarla así?

—No puedo hacer más. Han de venir el juez, el forense, los camilleros...

—Volverán esos condenados pajarracos.

—Si colocamos unas piedras encima les haremos prácticamente imposible la macabra tarea. Anda.

Lo hicimos. A pesar de todo, Águila Veloz todavía se mostró remiso. Casi tuve que llevármelo a rastras. Mirado fríamente, sin

sentimentalismos, un cadáver es nada, y si no se lo comen los buitres, se lo comerán los gusanos. Lo único que me interesaba en aquellos momentos, como ayudante del sheriff del condado, era averiguar cómo la muchacha india había llegado a convertirse en un ser muerto.

* * *

Se llamaba Jim Glover, tenía cincuenta años de edad y era fotógrafo profesional. Pertenecía a la plantilla del Sun, uno de los periódicos de la capital del Estado, no el mejor y el de mayor tirada, pero sí el de más independencia.

Jim Glover no estaba contento con su trabajo. Le gustaba, incluso le apasionaba, pero no estaba contento. ¿La causa? Esta había que buscarla en la remuneración económica. No se sentía satisfecho de lo conseguido. No era rico, ni siquiera había conseguido unos ahorrillos potables, y la edad que tenía no era como para empezar de nuevo.

Muchas veces, sólo delante de la botella de whisky, a la hora de la reflexión, se decía que no había sabido aprovechar las oportunidades. Recordaba entonces como otros compañeros que habían empezado cuando él, habían llegado a conseguir hacer reportajes propios, habían saltado a periódicos o revistas de más categoría, habían logrado renombre en todo el país. Él, en cambio, nada de eso. Seguía en el mismo sitio y haciendo lo de siempre:

—Glover —le había dicho el director—, acompañará a Fawcett para hacer el reportaje sobre la estancia del senador Hunt en su pueblo natal. Y ya sabe, aténgase a lo que Fawcett le pida.

Siempre la misma cantinela: «Aténgase a lo que Fulanito quiera...»

Y esta vez aún le cargaba más la cosa. Fawcett había resultado ser, según su apreciación, una mocosa con el carnet de periodista recién sacado. Una jovencueta creída, con mucha autosuficiencia, de esas que juegan a liberadas... ¡Tener que estar a las órdenes de una mujer así! Era el colmo. Maldita fuera su suerte.

Pero allí estaba. En Fenell City. Después de un largo viaje en el que había tenido que escuchar todos los proyectos y ambiciones de la muchacha. Todo aquello por lo que su juventud (algo que él ya no tenía) le llevaba a luchar (algo para lo cual él ya no sentía fuerzas).

Más tarde, cuando se encontró solo en la habitación del hotel con su inseparable botella, se preguntó por enésima vez cuándo le llegaría el golpe de suerte.

CAPÍTULO IV

REGRESAMOS a la reserva y, a pesar de mi ascendencia india, a pesar de que conocía a muchos de los allí residentes, no conseguí nada. Nadie eludió mis preguntas, cierto, hay que reconocerlo, pero las respuestas siempre fueron vagas, poco concretas, sin aportar nada que pudiera darle algo de luz al asunto. Con quien más rato conseguí charlar fue con Bull, indio chiricahua que descendía de la familia de mi madre. Éramos buenos amigos.

—Noemí siempre fue una muchacha retraída —me informó—. Y desde que se quedó sola, tras la muerte de su padre, todavía más. Era una solitaria, hablaba poco...

—¿Qué edad tendría?

—Eso lo puedes consultar en las fichas de las oficinas. Creo que alrededor de los veinticuatro.

—¿No tenía ningún amigo o novio?

—Que yo sepa, no.

—¿Amigas?

—Conocidas, más bien. Ya has hablado con ellas. Son las que te ha presentado Águila Veloz.

—Nada me han dicho.

—Es que no hay nada que decir. Nadie comprende lo sucedido. Todos estamos completamente sorprendidos.

Eso era verdad. La noticia de la muerte de Noemi había causado auténtico estupor en la reserva. Yo había podido contemplar los rostros de asombro de cuantos había interrogado, hombres y mujeres. Muchos de ellos habían formado corrillos no muy lejos de donde me encontraba junto con Bull y Águila Veloz, y parecían

comentar el suceso con cierta preocupación. El compañero de Águila Veloz, otro indio que trabajaba para el Gobierno y que respondía al nombre americano de Lester, se paseaba entre ellos, vigilándolos, tal vez tratando de captar algo de interés.

—Es extraño que nadie la echara de menos —dije después de la breve pausa.

—No los contamos todos los días... —se excusó Águila Veloz.

—Lo sé —miré entonces a Bull. Este comprendió y me replicó:

—Ya te dije que era una solitaria, esa chica. Si nadie fue por su vivienda, como así parece... —se encogió de hombros—. Lo único seguro es lo que ha declarado una de sus vecinas: ayer tarde estaba aquí. Estuvo con ella durante la visita del senador Hunt y compañía.

—Así pues —agregó Águila Veloz—, podemos establecer que se largó con el anochecer.

—Pero no sabemos por qué —puntalicé.

—Y, posiblemente, con la noche, no viera bien el camino y cayera —terminó Águila Veloz la exposición de los hechos, para al momento añadir, con el ceño fruncido—: Pero no me acaba de convencer esto. Es lo lógico, pero aun así... Noemí conocía perfectamente el terreno, ella siempre ha vivido aquí, no había ido a ninguna otra parte...

—¿Qué trata de sugerir? —preguntó Bull.

—Tal vez huyera con alguien, tal vez acudiera a alguna cita secreta... —apunté yo.

—Aunque no está el jefe, ni tampoco sus hombres de confianza, podemos hacer una rápida revisión, a ver si falta alguien —sugirió Águila Veloz.

Apoyé inmediatamente la propuesta. Águila Veloz y su compañero Lester comenzaron el trabajo, ayudados por Bull y un servidor.

Los indios colaboraron y no pusieron ninguna dase de pega. Era indudable que se encontraban mucho más a gusto siendo tratados por los dos agentes de su raza que por Keegan y sus acólitos, Waterson, Ross y Madigan, todos ellos de raza blanca, la raza de los opresores. Aunque también había quien miraba con malos ojos a Lester y a Águila Veloz, incluso escupía a sus pies, por considerarlos una especie de traidores. Pero si no hubieran sido ellos, hubiesen sido otros los que ocuparan aquellos cargos. Luego habían otros

empleados, pero de grado más inferior, cuyas tareas eran más bien domésticas.

El resultado fue infructuoso. Los únicos que faltaban habían obtenido esa mañana sus permisos y todo estaba en regla.

—Nada de nada —rezongó, fastidiado, Águila Veloz.

Yo me abstuve de comentar. Estaba mosqueado porque había podido observar más de cerca, más detenidamente sobre todo, a los indios. No había visto los clásicos rostros de piedra. En muchos de aquellos ojos había creído descubrir una rara lucecilla..., una lucecilla que me hablaba de preocupación, de temor, de peligro.

Algo hay, ése fue mi pensamiento final. Y miré fijamente a Bull, con la duda de si éste sabía más de lo que me había contado.

Bull, junto con Águila Veloz, me acompañó hasta el jeep. Tomé asiento frente al volante.

—Algo hay que hacer por esa chica —dijo Águila Veloz—. No se puede quedar allí eternamente...

—Por supuesto que no —asentí—. Pero los señores no tienen ganas de abandonar la fiesta.

—Tienes que obligarles, John.

Me limité a suspirar.

—Tú hazme un favor —dije luego, mientras le daba al encendido.

—¿Qué?

Apreté el acelerador y el motor rugió a mi gusto. Entonces le contesté:

—Intenta averiguar entre los tuyos algo más cerca de esa muchacha. Me extraña mucho que se largara por la noche, sola, sin que nadie supiera nada...

—Haré lo que pueda. ¿Verás a Keegan?

—Si. Hablaré con él. Esto también es asunto suyo.

—Suerte.

Me alejé de allí pensando que a más de uno se le iba a indigestar el almuerzo.

CAPÍTULO V

ERA un almuerzo de confraternización, tras el populoso acto de adhesión celebrado frente al Ayuntamiento. Se realizaba al aire libre, en un extremo del pueblo, todo muy cuidado, muy preparado. El cubierto era barato, a un precio popular, y había mesas y comensales a doquier. La banda de música no dejaba de interpretar piezas y de vez en cuando se escuchaba algún viva al senador Hunt, que inmediatamente era coreado por otras voces. Todo el mundo parecía inmensamente feliz.

La mesa presidencial era la única que se diferenciaba de las demás. Allí los detalles habían sido mimados al máximo y era donde uno podía observar los rostros más satisfechos y los trajes más elegantes. Paul Hunt, por supuesto, ocupaba el lugar de honor y a su derecha e izquierda se alineaban sus familiares, sus colaboradores y las principales autoridades del condado.

Caminé con paso decidido entre las mesas, saludando a algunos conocidos con la mano, pero antes de llegar junto a los importantes, mi jefe, que me había visto, se apresuró a ponerse en pie y salirme al paso.

Me tomó por un brazo y me llevó a un lugar apartado, donde no pudieran escucharnos. También me había visto ya Paul Hunt. Nuestras miradas coincidieron. Yo le hice un gesto de saludo con mi brazo libre, mientras era arrastrado por el sheriff. Este, que se encontraba de espaldas, muy preocupado por retirarme de la circulación, no se dio cuenta que Paul Hunt se levantaba, se excusaba ante su esposa y su madre y se dirigía hacia nosotros.

Sonreí al tiempo que mi jefe me preguntaba:

—¿Qué demonios haces aquí?

Aguardé como si tuviera que pensar detenidamente la respuesta. Mi jefe se impacientó, sus fuertes dedos apretaron mi bíceps. Contesté cuando ya el recién electo senador se encontraba prácticamente encima de nosotros.

—Fui a la Cañada del Esqueleto y, en efecto, hay allí un cadáver. Y no puede esperar a que ustedes acaben la fiesta, los buitres lo rondan inquietantemente.

—¿Cómo es eso? —sonó entonces la voz de Paul Hunt a las espaldas del sheriff.

Este sufrió algo así como una sacudida de diez mil voltios.

Paul Hunt era un hombre que estaría frizando los treinta años de edad. Alto, esbelto, con abundante pelo castaño que peinaba hacia atrás, rostro de facciones un tanto angulosas, ojos claros y mentón pronunciado. Vestía un distinguido traje gris hecho a medida, corbata a juego y zapatos que resplandecían como brillantes.

—Hola, señor Hunt —alargué mi diestra—. Celebro volver a verle.

El senador correspondió a mi saludo. Y agregó:

—¿De qué cadáver hablaban?

Ante el mutismo de mi jefe, tomé la palabra:

—Ha aparecido una india de la reserva, muerta, en la Cañada del Esqueleto. Aún no sabemos las causas y es preciso retirarla de allí antes de que se la coman los buitres. El señor Wood, el juez, tiene la palabra..., aunque ahora parece estar muy animado y con pocas ganas de trabajar —miré hacia donde se hallaba.

—¡Viva el senador Hunt! —gritó un hombre con la cara enrojecida por el alcohol.

—¡Viva! —aullaron varios.

—Hay que mandar una ambulancia con unos camilleros —seguí diciendo—. También al médico forense, un fotógrafo... y al juez.

Richard Morley, mi jefe, continuaba sin despegar los labios. Estaba furioso contra mí, lo notaba en sus ojos, y a la vez se mantenía a la expectativa.

—Ya veo que hice bien en promocionarte, John —me dio una palmada en la espalda Paul Hunt—. Eres un hombre que vive su trabajo. Así me gusta, sheriff —miró a mi jefe—, creo que hay que ponerse en movimiento.

—¡Por supuesto! —respingó, forzando una sonrisa—. ¡Era lo que estaba pensando!

—Todos los hombres que hagan falta están excusados de la fiesta. El trabajo es el trabajo.

—Sí, señor Hunt —cabeceó—. Ahora mismo voy a dar las órdenes pertinentes. ¡John!

Fui tras él, después de despedirme de Paul Hunt.

—Eres un cretino —me espetó luego, por el camino—. Unas horas más...

—No hace falta que usted venga. Yo me encargaré del asunto policial.

—Desde luego. Este va a ser tu caso. Una india muerta... Eso te va.

No repliqué.

Sentí la tentación, pero no lo hice no sé si por respeto al superior o por la súbita aparición de aquella guapa muchacha.

Era rubia, alta, con un espléndido tipo que resaltaban sus ceñidos vaqueros y su blusa roja. Poseía unos rasgados ojos verdes que adornaban espléndidamente su atractivo y sensual rostro. No contaría más allá de veinticuatro años y lo primero que dijo fue:

—¿Sucedo algo, sheriff?

Richard Morley se revolvió como si le hubiera mordido un bicho raro.

—¿Por qué habría de suceder algo? —preguntó a su vez, de mala manera.

—Les he visto hablar con el senador, los tres solos, lejos de oídos curiosos.

—Eso no significa nada.

—Hum.

—¡Vamos, John! —tronó mi jefe. Su malhumor iba aumentando poco a poco.

Le dirigí una última mirada de curiosidad a la joven y fui tras los pasos del sheriff.

—Habrá que buscar a Keegan también —dije, mientras nos encaminábamos hacia donde se encontraba el juez Wood—. Me informaron en la reserva que había venido acá con sus hombres de confianza.

—Sí. Andará por ahí.

Mi jefe actuó con sumo tacto, para no alarmar a los alegres comensales. Se acercó por detrás al juez y le susurró unas palabras en la oreja. James Wood pareció negarse en un principio, mi jefe insistió, supongo que diciéndole que era expreso deseo del senador, y entonces el juez tomó la copa que tenía frente a sí, la apuró de un solo trago, se puso en pie, se excusó con sus compañeros y vino acompañado por el sheriff.

—Carpenter, el médico forense, se hallaba en aquellas mesas de allá —señaló mi jefe, y hacia allí encaminamos nuestros siguientes pasos.

Ocurrió otro tanto. Carpenter era un hombre bajito y rechoncho, cincuentón, con muy malas pulgas. Vivía bastante amargado con su trabajo: él consideraba que se merecía un puesto de mayor altura.

—Con que me va a tocar abrir a una india... —llegó rezongando—. ¡Puaf!

Dar con Keegan y sus muchachos costó un rato, entre tanta gente alborotadora. La risa se le cortó ipso facto al director de la reserva en cuanto supo de qué iba el asunto.

—¡Noemí... muerta! —exclamó, asombrado. Sus hombres pusieron cara de circunstancias.

A continuación empezó a hacer preguntas, pero la mayoría de las cosas que quería saber aún faltaban por aclarar. Nos íbamos a alejar ya del lugar de la comilona, camino del hospital para solicitar una ambulancia, cuando de nuevo nos salió al paso la muchacha rubia.

—¿Adónde va tanta gente? —preguntó—. Les veo muy preocupados.

—¡Métase en sus asuntos! —le respondió violentamente mi jefe.

—Este puede ser uno de mis asuntos, sheriff. Recuerde que soy periodista.

—Lo sé muy bien. Y también sé su trabajo: hacer un reportaje sobre la estancia del senador Hunt en Fenell City. Esto no le incumbe.

—Me incumbe cualquier cosa que pueda resultar interesante para mis lectores. ¿Qué ocultan?

—No ocultamos nada.

—Pues lo parece.

—Ya lo sabrá a su debido tiempo.

—Usted no me conoce bien, sheriff. Yo soy muy tozuda. Siempre llego al final de las cosas.

—Mire, señorita...

—Fawcett. Kathy Fawcett.

—Eso es. Fawcett. Mire usted, espere a mañana y lo sabrá todo.

—No veo la razón.

Vi resoplar a mi jefe. Conociéndole como le conocía, imaginaba lo que se estaba conteniendo. Por el contrario, la joven se mantenía muy serena; incluso sonriente.

—Simplemente estamos tratando de no estropear la fiesta de hoy —masticó las palabras mi jefe, armándose de infinita paciencia—. Ha ocurrido un desgraciado accidente a unas cuantas millas de aquí y no queremos mencionarlo por ahora para no hacer desagradable la fiesta en honor del senador Hunt. Eso es todo. ¡Váyase!

—¿Se refiere a un cadáver aparecido en lo que ustedes llaman Cañada del Esqueleto? —preguntó ella, acentuando su sonrisa.

Mi jefe bizqueó. Los otros parpadearon, sorprendidos. Yo pensé en Conally.

—Eso es vox populi, mi querido sheriff. Va corriendo como reguero de pólvora por todas las mesas. ¿Y ve...? —le señaló la explanada—. La gente sigue pasándoselo bien. Una india muerta no es motivo de preocupación.

CAPÍTULO VI

NOS encontrábamos reunidos en el despacho de Carpenter, el médico forense. Era un lugar agradable, cómodo, amueblado con gusto. Por la única ventana de la pieza podíamos ver cómo el día moría.

Éramos tres. Keegan, el director de la reserva india, Kathy Fawcett, la muchacha periodista, y yo. El sheriff había relegado todo el asunto en mí. No consideraba que tuviera la suficiente categoría como para que él le hiciera los honores.

Keegan fumaba un cigarrillo. Observé que estaba un poco nervioso, tal vez impaciente. No se había sentado en ningún momento y caminaba de un lado para otro del despacho.

Kathy Fawcett, por el contrario, sí que había tomado asiento. Cabalgaba una pierna sobre la otra, mostrando buena parte de sus macizos muslos, y parecía la mar de tranquila, a la espera del resultado de la autopsia.

Yo me encontraba también sentado, frente a ella, y de vez en cuando no podía evitar el dirigir una mirada furtiva a sus piernas. Ella me cazó con sus hermosos ojos verdes en una ocasión y yo me removí inquieto, como niño travieso cogido en falta.

—Keegan —dije entonces, llamando la atención del director de la reserva.

—¿Sí? —giró para encararme.

—¿Averiguó algo más esta tarde? —pregunté.

Aún no había tenido tiempo de intercambiar algunas palabras con él, quería esperar a estar a solas, pero la ansiedad me pudo más.

—No... Se lo hubiera dicho ya...

—Pero es evidente que la muchacha escapó de la reserva.

—Sí. No tenía permiso.

—Y pensar que fue raptada es demasiado, ¿no?

—¿Raptada? ¡No! ¡Imposible!

—¿Y por qué iba a huir una chica así?

—No lo sé —se encogió de hombros.

—¿Tenía un buen trato?

—¡Por supuesto que sí! ¡Como todos!

—No se habla muy bien de las reservas indias... —dejó oír su voz Kathy Fawcett.

Keegan la miró fijamente, hablando con dureza:

—En mi reserva no hay quejas ni problemas.

La conversación se vio interrumpida en ese momento por la aparición de la figura rechoncha y bajita del médico forense.

—¿Qué hay, Carpenter? —preguntó Keegan.

Yo me puse en pie. Kathy Fawcett permaneció sentada.

Si ya de por sí el rostro del galeno era grave y áspero, ahora aún lo era más. Introdujo las manos en los bolsillos de su bata blanca y nos miró de una forma harto preocupante.

—¿Qué hay, Carpenter? —insistió Keegan.

—Realmente —habló al fin—, a quien debo comunicarle el resultado es al sheriff En su defecto, a su ayudante. Los demás...

—¡Yo no pienso largarme! —tronó Keegan—. ¡Esa muchacha estaba bajo mi responsabilidad y quiero saber exactamente lo que le ha sucedido!

—Y mis lectores también querrán saberlo —agregó la joven.

Carpenter fijó sus ojos en mí. Yo di una cabezada de asentimiento.

—Está bien —se humedeció los labios con la punta de la lengua—. La cosa es más grave de lo que en un principio parecía...

—Al grano —exigió Keegan, impaciente.

—Bueno, hay dos hechos claros: esa muchacha estaba drogada...

—¿Cómo? —estiró el cuello Keegan, incrédulo.

—Con LSD, para ser más exactos. Y aparte de eso, fue violada.

Todos enmudecimos, incapaces de articular palabra, tal era nuestra sorpresa.

—Por último queda la causa de la muerte —continuó el médico

forense—. Desnucamiento, con rotura total de las vértebras cervicales, debido a la caída. Ahora bien, teniendo en cuenta los dos hechos anteriores, cabe preguntarse: ¿fue una caída accidental... o la empujaron? ¿No es así, Hawk?

El caso se complicaba.

* * *

La mujer era alta y pelirroja. Su edad oscilaría entre los veinticinco y los veintiocho años. Poseía un rostro de facciones extremadamente sensuales, con unos bonitos ojos color aguamarina y unos labios gordezuelos, rojos, muy rojos, que incitaban al beso.

Terminó de contemplarse desnuda ante el espejo del armario, tras una mirada de aprobación, y se colocó el vaporoso salto de cama que había depositado anteriormente sobre una butaquita.

Dio unos pasos por la habitación, con cierta impaciencia. Y no tuvo que esperar mucho. Al poco, alguien llamó con los nudillos a su puerta.

Corrió hacia ella y abrió. Un hombre se coló de un rápido salto en la habitación.

No era tan alto como ella, le llegaría por la nariz, pero sí más joven y corpulento. Pelo negro ensortijado, ojos pardos, mandíbula cuadrada. Por su aspecto físico podría haber pasado muy bien por un atleta, pero estaba muy lejos de ello. Lo suyo era la política. Era uno de los colaboradores más allegados del senador Hunt, sobre quien había recaído la costosa tarea de programar la campaña electoral, entre otras cosas.

—Hola, Louis —saludó ella, aproximándosele mimosa.

El hombre la tomó entre sus brazos y la besó con frenesí en la boca. No pronunció ninguna palabra, ni siquiera cuando se separó de ella. La despojó del salto de cama y sus manos se movieron atrevidas, acariciando aquellas pletóricas carnes que se estremecían a su contacto.

Los dos terminaron en el lecho, envueltos por la pasión que cada vez los enardecía más. Cuando dieron fin a sus juegos eróticos, el tal Louis quedó sobre ella. La miró con un extraño brillo en los ojos.

—¿Qué piensas? —preguntó ella, entreabriendo más las piernas.

El hombre dejó oír por fin su voz:

—Que no todos los días se posee a la esposa de un flamante senador —respondió cínicamente, proyectándose hacia adelante.

Mia Hunt suspiró largamente.

CAPÍTULO VII

KEEGAN se había marchado preocupado, tras dejar todo listo para el entierro de la muchacha india. Kathy Fawcett había corrido para enviar un reportaje de urgencia. Yo me presenté en el restaurante de Mike Custer, donde sabía se hallaban reunidas las autoridades de Fenell City, celebrando una cena de trabajo, consistente en discutir qué clase de títulos y medallas se le debían conceder a Paul Hunt. Cuando yo llegué, estaban disfrutando de un pato a la naranja y ya habían confirmado, al menos, un título: el de Hijo Predilecto.

—Buenas noches y que aproveche —dije, como saludo. Acto seguido tomé una silla cercana desocupada y me senté junto a mi jefe.

El sheriff me miró con malos ojos.

—¿Qué haces aquí? Últimamente, cada vez que apareces, es para comunicarme una desgracia.

Los otros, el alcalde Carrigan y el juez Wood, no pudieron evitar dirigirme unas miradas llenas de aprensión, como si yo fuera la peste.

—Lo siento, jefe, pero no tengo la culpa de ocuparme del trabajo.

—Ya. ¿Qué pasa ahora?

—Carpenter ya ha terminado su trabajo. Y el asunto se ha complicado.

—¿Qué quieres decir? —frunció el ceño.

—La muchacha de marras estaba drogada con LSD y además fue violada. Por tanto, puede tratarse muy bien de un caso de asesinato.

Los tres perdieron el apetito al mismo tiempo. El juez Wood

apuró de un solo trago la copa de vino, no sé si para darse ánimos o para ver si con alcohol en las venas escuchaba cosas más agradables. El alcalde Carrigan se acarició nerviosamente su orondo vientre y parpadeó repetidas veces, tal vez esperando que yo fuera solamente un hada negra. Mi jefe fue el más calmoso: se limpió los labios con la servilleta y preguntó:

—¿Cómo has dicho?

Lo repetí.

El juez Wood levantó una mano y el camarero entendió sin más indicaciones lo que quería. Samuel Carrigan, el alcalde, murmuró:

—Qué inoportunidad...

—Bueno, bueno —dijo mi jefe—. Eso del asesinato habrá que probarlo. También pudiera ser que la chica, después de drogada y violada, huyera de la reserva y se despeñara, ¿o no?

—Sí, es posible —reconocí,

—Entonces, la mayor parte del trabajo recaerá sobre Keegan. Él es el que manda en la reserva y allí es donde debe estar la solución.

—Eso es más o menos lo que le he dicho. Ha prometido investigar.

—Entonces no tenemos por qué preocuparnos en demasía. Esto es un asunto indio que no tiene por qué afectar o trascender al pueblo.

Carrigan cabeceó, asintiendo, mientras Wood quitaba de las manos la botella de vino al camarero.

Yo me permití opinar:

—Pero hay una cosa extraña.

—¿Qué? —ladró mi jefe.

—El ácido. Es raro que los indios tengan LSD. A Keegan le parece increíble.

—Hummm...

—Será mejor no archivar por nuestra parte el caso, ¿no le parece, jefe?

—Ni lo pensaba. Te encargarás tú de lo que estimes oportuno. Delego en ti con toda confianza.

—Muy bien, jefe.

—Ya sabes que yo estoy muy ocupado estos días con la visita del senador. Hay preparadas muchas recepciones, comidas, etc., etc. Ciertamente, como decía el amigo Sam, ha sido muy inoportuna esa

chica.

—Sí, claro. ¿Y Steve? Podía echarme una mano.

—Ahora ha ido a ver a su mujer. Ya sabes que están esperando el bebé de un momento a otro. Y durante el día, le necesito para que me ayude en este agotador trabajo de ir de un lado a otro. No sabes tú bien lo pesados que son los cumplimientos sociales.

Carrigan y Wood asintieron a las últimas palabras de mi jefe, el último atizándose nuevas copas de vino. Sus ojos estaban ya inyectados en sangre y tenían en verdad un brillo peligroso.

Me limité a encogerme de hombros. Decir que me gustaría estar en el lugar de ellos, no sería más que engañarme a mí mismo. No les envidiaba, a pesar de su vida placentera, siempre ladeando los problemas, suavizando los asuntos que podían molestar. Incluso en la mayoría de las ocasiones no hacía falta que las personas influyentes se lo pidieran. Ellos estaban muy bien educados y sabían de qué iba el paño, qué podía ofender a Fulano y qué podía satisfacer a Mengano. Trabajaban por y para los hombres influyentes, y por o para el pueblo sólo de rebote y con desgana. Ellos tenían un gran apego a sus puestos y a los bienes materiales, y sabían muy bien que ambas cosas las proporcionaban los primeros.

—Está bien, señores —me puse en pie—. Les dejo.

—Ah—dijo mi jefe.

—¿Qué? —pregunté.

—Eso sí: tenme informado.

—Por supuesto.

—Y procura no hacer comentarios con la gente. No quisiéramos que los aires de Fenell City se enviciaran, se enrarecieran. Son días de alegría, de fiesta, de júbilo..., no los estropeemos. ¿Entiendes, John?

No quise responder. Tomé aire y di media vuelta, dejándolos solos con el banquete. Sólo les faltaba el puro. Pero aparecería, seguro.

La noche había caído con su oscuro manto sobre la Yellow Hand Indian Reservation. Todo aparecía silencioso, dormido, quieto, en la reserva. Un reloj de pared, en el edificio central, dio las doce campanadas. Estas se pudieron escuchar perfectamente desde el exterior porque justamente en ese momento se abrió la puerta.

Un hombre salió sigilosamente. Miró hacia todos lados,

asegurándose de que nadie había por los alrededores, que nadie podía verle, e inició camino hacia el sur, con paso rápido y figura un tanto encogida. Sabía que en la zona sur no había vigilancia. Lo sabía por la sencilla razón de que aquel hombre era nada más y nada menos que Thomas Keegan, el director de la reserva.

Cualquiera que lo hubiera visto a esas horas, habría pensado que algo ocultaba o tramaba. Y, desde luego, no iría descaminado.

Keegan tenía una cita. Una cita que le hacía brillar los ojos de codicia. Últimamente, las cosas le estaban rodando de maravilla. En poco tiempo iba a poder reunir una pequeña fortuna. Y sin grandes esfuerzos. Pensaba en eso cuando alcanzó el límite sur de la reserva india, que era bordeado por una carretera vecinal, de suelo pedregoso y mucho bache. Un rutilante coche le aguardaba allí, en el silencio y la oscuridad de la noche.

Salvó fácilmente la divisoria, alcanzó el vehículo, abrió una portezuela y subió.

—Buenas noches, senador —saludó.

El hombre del volante giró el rostro para encararlo. Era Paul Hunt, en efecto.

—¿Y bien, Keegan? —preguntó secamente.

—Supongo que está al tanto...

—¿De qué?

—No se haga el tonto.

—No sé de qué me habla. Creía que lo nuestro estaba muy claro. Ya le pagué por...

—Sí, sí —le cortó el otro, sacando una cajetilla de cigarrillos—. ¿Quiere? —se la ofreció.

Paul Hunt rechazó. Hubo una breve pausa durante la cual Keegan encendió un pitillo.

—No se trata de eso, senador —agregó al rato, mientras el humo invadía el interior del coche, con todas las ventanillas subidas—. Usted lo sabe.

—No lo sé, le he dicho.

—Está bien. Juegue al idiota, si así quiere —dejó correr otros segundos de silencio, durante los cuales aprovechó para sacudir la ceniza sobre el tapizado del coche—. ¿Ha oído hablar de lo sucedido a una muchacha india llamada Noemi? —preguntó luego, poniendo mucha malicia en sus palabras.

Paul Hunt se estremeció, a pesar de que no hacía frío, todo lo contrario.

—Ya sabe por dónde voy, ¿verdad que sí? —sonrió traviesamente el director de la reserva.

—Eso no lo ha...

—No discuta conmigo —le volvió a interrumpir, ahora dejando caer la ceniza sobre los propios pantalones del senador—. Eso es la obra de la misma persona. Los detalles son idénticos.

—¡No!

—Sí, mi querido senador. Conozco perfectamente el paño. La otra vez tuve un feo trabajo. Pero, claro, todo en esta vida tiene su recompensa.

—Ahora no...

—Sí, ya lo sé. Ahora no he hecho nada. Lo reconozco. Pero sigo sabiendo.

—Usted no sabe nada de todo esto.

—Pero conozco las claves que pueden esclarecer el caso. ¿Lo comprende?

—Está bien —Paul Hunt lanzó un suspiro—. ¿Qué desea?

Keegan, en esta ocasión, sacudió la ceniza sobre el salpicadero, continuando sin hacer caso del cenicero. Dijo, como sin darle importancia a la cosa:

—El doble que la otra vez.

—¿Está loco? —estalló el senador, respingando en su asiento.

—¿Por qué?

—¡Es... es demasiado dinero!

—Ahora es usted un tío importante. He de doblar la cifra. Entiéndalo.

—Pero...

—No hay peros que valga. Lo toma o lo deja. Ahora bien, como lo deje...

No siguió la frase. La amenaza quedó flotando en el interior del coche, al igual que el humo azulado. Paul Hunt comenzó a sudar.

—Keegan —farfulló de pronto—, es usted un...

—No lo diga —se permitió el director de la reserva el atrevimiento de colocarle una mano delante de la boca—. Los senadores no dicen palabras feas.

—¡Maldito sea usted! —barbotó de todas maneras.

—No tengo la culpa de que haya hombres débiles —musitó Keegan—. Y ya sabe, la debilidad hay que pagarla. Serán cincuenta mil dólares.

—No dispongo de ese dinero.

—Le doy dos días.

—¡Dos días!

—Es suficiente. Tiene a sus familiares, a sus colaboradores. Dentro de un par de días aquí, a la misma hora, con el dinero. No se olvide —dejó caer la colilla sobre la alfombrilla del suelo y la pisó con un zapato—. Recuerde que yo soy uno de los artífices de su triunfo electoral. Si hubiera hablado...

Paul Hunt se mordió el labio inferior con rabia. Sentía un odio intenso hacia aquel hombre, pero supo contenerse.

—Bueno, me voy —abrió la portezuela Keegan. Le dirigió una mirada muy sonriente al senador—. Por otro lado, no olvide que existe una confesión mía... por ahí. ¡Oh, si tiene cenicero! —pareció caer entonces en la cuenta—. ¡Qué atolondrado soy!

Cerró de un portazo, tras bajarse del auto, y Paul Hunt le vio alejarse, fundirse en la negrura de la noche.

CAPÍTULO VIII

TENÍA una idea.

Las ganas de irme a casa a descansar eran mínimas, así que decidí realizar lo que pensaba. Podía no dar resultado, pero desde luego era mejor que estar con los brazos cruzados.

Llegué a la oficina. Encendí la luz. El ventilador seguía en funcionamiento y por tanto había un ambiente bastante respirable. Abrí el pequeño refrigerador y saqué una lata de cerveza.

Después de los dos primeros tragos, me encaminé hacia los archivos. Mi idea consistía en buscar los casos de drogadicción habidos en el condado. No podían ser muchos. Prueba de ello es que en aquellos momentos no recordaba ninguno. Y suelo tener buena memoria.

Eché otro trago, dejé la lata sobre el mueble archivador e inicié la búsqueda. Tenía muy presente el comentario de Keegan: los indios ni tenían drogas ni se drogaban. El LSD debía haber salido del exterior, incluso, no sería de extrañar, aquello podía haber sido obra de blancos. Ahora bien, ¿qué relación podía tener la tal Noemí con gente blanca de fuera? ¿Por qué había salido de la reserva? Eran preguntas sin respuesta, por el momento. Y el asunto tenía pocos cabos a los que agarrarse: los indios no parecían dispuestos a hablar, si es que sabían algo, y un estudio, realizado personalmente por mí cuando fui con el juez y demás, del lugar donde se había producido el suceso, no ofreció resultado positivo alguno. Sólo tenía el cabo de la droga y a él pensaba cogerme.

¿Y por qué? No estaba claro que la muchacha hubiera sido asesinada. Pero sí era evidente que había sido violada, cosa que

estaba tipificada como delito, aunque nadie en Fenell City parecía haberse rasgado las vestiduras por ello, no se trata de ninguna hija blanca de la ciudad. Y posiblemente había sido forzada a drogarse. Y posiblemente había sido lanzada al vacío. Pero esto último no eran más que conjeturas.

No fue difícil encontrar lo que buscaba. En honor al sheriff Morley hay que reconocer que era un tipo ordenado. Hallé hasta siete casos, ocurridos en los últimos cinco años. Tres de ellos los eliminé inmediatamente, pues los fulanos en cuestión, dos permanecían enchironados y el tercero pasaba unas largas vacaciones en un centro de rehabilitación de drogadictos.

Tomé la lata de cerveza y me fui con ella y las restantes fichas hasta la mesa escritorio. Me senté, encendí el flexo y me dispuse a leer detenidamente.

Entonces llamaron a la puerta.

Solté una airada interjección porque no hay cosa que más me moleste que me interrumpen cuando me dispongo a un trabajo.

Pero valía la pena. Y el mal humor se me pasó al instante.

Era Kathy Fawcett.

Seguía tan hermosa como cuando la había dejado... y además llevaba un par de hamburguesas en las manos.

—¿Quiere? —me ofreció una después de los saludos de rigor.

—Pues sí —acepté—. ¿Cómo sabía que estaba aquí y no había cenado?

—Después de enviar la crónica, me fui con Jim, el fotógrafo, a cenar. Coincidí con el sheriff y demás autoridades. Charlé con ellos unos momentos. El sheriff me dijo que usted iba a llevar el caso, lo elogió, comentó que era muy trabajador, todo eso...

—Ajá.

—Así que supuse que estaría aquí. Dejé al fotógrafo cenando y me vine a hacerle compañía.

—Oh.

—Tal vez le pueda echar una mano.

—Y de paso sacar información, ¿no?

Ella se limitó a sonreír.

—Usted me está sobornando —agregué, dándole el primer bocado a la hamburguesa.

—La vida —suspiró la periodista.

—Hay que estar en todo e intentarlo todo.

—Comprenda que estoy empezando. Un buen reportaje sensacionalista me vendría bien. Limitarme a contar las andanzas sociales del senador Hunt y lo paradisiaco que es el condado de Fenell, tiene poca garra.

—Entendido. ¿Y qué espera de la muerte de la india?

—No lo sé. Pero mi intuición femenina me aconseja que siga el caso de cerca.

—Ya. ¿No le dice nada más su intuición femenina?

—Sí. Que usted será tan amable de ofrecerme algo de beber.

Ella rio, mientras yo rezongaba algo por lo bajo y me dirigía al pequeño refrigerador. Poco después nos encontrábamos los dos sentados junto a la mesa escritorio, comiendo y bebiendo.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven, curiosa, señalando las fichas.

Se lo expliqué.

—No es mala idea —opinó—. ¿Quiénes son los sujetos?

Desde luego, ninguno de ellos había sido detenido por vendedor o traficante. Los que cumplían este requisito eran los dos encarcelados. Estos cuatro eran simples drogadictos. Y por otra parte, en ninguna de las fichas se hablaba de que fueran adictos del LSD. Marihuana —ahora ya legalizada en muchos sitios— y heroína eran las drogas que se les habían pillado consumiendo. Todos gozaban ya de libertad, pues los casos no habían revestido gran gravedad, y todos, también, habían declarado que la mercancía la habían comprado a vendedores callejeros de la capital del estado, en alguno de sus viajes a ésta. Las descripciones que daban de éstos eran muy vagas y una copia había sido pasada a la Narcotic Squad por si fuera de su interés. No habíamos recibido respuesta.

—Hum —cambió de opinión la muchacha, tras leer las fichas—. Esto no sirve de mucho.

—Tal vez no, tal vez sí —apuré la lata de cerveza y me pasé el dorso de la mano por los labios.

—¿Qué espera obtener?

—No creo que los cuatro se hayan regenerado.

—¿Y?

—Tampoco creo que para obtener droga haya que ir a la capital del estado. En Fenell City debe haber algún distribuidor.

—Y usted va a descubrirlo.

—Nunca nos lo hemos planteado. Creo que ya va siendo hora.

Ella fue más fina. Abrió su bolso, sacó un pañuelo y se limpió la boca. Las latas de cerveza estaban vacías y de las hamburguesas sólo quedaban unas cuantas migas esparcidas por la mesa.

—Ya sabe que estoy dispuesta a ayudarle —se ofreció—. ¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿No piensa en descansar, en dormir?

—Aún me encuentro bastante despabilado.

—Yo también. ¿Quiere que nos pongamos en funcionamiento?

—Bueno...

Ella ya se había levantado de su asiento. Yo la imité, apagué el flexo e inicié el camino hacia la puerta, donde se encontraba el interruptor de la luz del techo. De repente, ella se detuvo y giró sobre sus talones.

—¿Y si todo eso no...? —comenzó a preguntar, pero tropezó conmigo y la frase murió en sus labios.

No tuve más remedio que tomarla con mis brazos. Fue un gesto instintivo, palabra. Lo demás, no.

Nos quedamos mirando fijamente a los ojos. Yo percibí claramente su subyugante perfume, la morbidez de sus carnes, el aliento de su jugosa boca. Sólo tuve que inclinarme ligeramente hacia adelante para atraparla con mis labios, acariciarla, morderla.

Kathy Fawcett no opuso resistencia, todo lo contrario, correspondió con intensidad, con fuego, y en aquellos instantes llegué a olvidarme de todo.

Cuando nos separamos, nuestra respiración era agitada. Yo pregunté:

—¿Qué ibas a decir? —era la primera vez que la tuteaba.

Ella lo repitió, ahora completo.

—¿Y si todo eso no resulta?

Mis manos se habían convertido en dos voraces pulpos, siendo cada vez más atrevidas sus caricias. Kathy Fawcett se estremeció, gimió.

—Yo creo que sí resulta —murmuré, hundiendo mi rostro en su cuello.

—Bandido... —musitó ella.

No salimos de la oficina. Steve Lutz estaría velando a su mujercita, la parturienta, y mi jefe posiblemente ya estuviera descansando, recuperando fuerzas para el próximo día. Por tanto, no había peligro. Nadie nos iba a molestar allí. Toda la oficina era nuestra y podíamos hacer lo que nos diera la gana.

Acabamos metidos en la pequeña habitación equipada para las noches que había que hacer guardias. Estrenamos la cama porque nunca habíamos tenido necesidad de hacer guardias. Jamás habíamos tenido presos de excesiva peligrosidad.

Kathy Fawcett se descubrió como una fiera difícil de domar. Nuestros cuerpos se unían en un apasionado combate amoroso.

Desde luego, en un funcionamiento muy distinto al que se había referido en un principio ella.

* * *

En el interior del edificio central de la reserva india, el reloj de pared dio las cinco de la madrugada. Fuera, en el exterior, la noche iba perdiendo parte de su negrura para dar paso a una incipiente claridad, preludio del próximo amanecer. Una sombra se movía con gran rapidez y elasticidad alrededor del edificio. Se trataba de un hombre con el rostro cubierto por una negra capucha que sólo poseía tres orificios, dos para los ojos y uno para la boca.

De pronto, se detuvo y dejó escapar un suspiro de alivio, también de satisfacción. Parecía haber terminado con lo que le había llevado allí. Contempló una vez más el edificio y sus labios se distendieron en una sonrisa que hubiera intranquilizado a quien la viera.

Se encorvó ligeramente y echó a correr hacia la espesura próxima al edificio. No hizo ningún ruido. Sus pies iban calzados con mocasines indios.

Llegó hasta donde había dejado sus cosas: una mochila abierta, vacía..., y el detonador.

Sus manos enguantadas acariciaron el aparato con verdadera delicadeza. Sus ojos miraron una vez más hacia el edificio, como dándole el último adiós. Sus labios se movieron para murmurar:

—Ya he realizado lo difícil y penoso. Ahora resta lo más sencillo soltó una breve risita—. Adiós, amigos.

Accionó el mando, con ojos brillantes como luciérnagas. Un

instante después se produjeron tres explosiones casi al unísono. El edificio central de la reserva india se estremeció como un gigante ciclópeo herido de muerte, para un segundo más tarde comenzar a derrumbarse entre cascotes, cristales y llamas.

Las cargas habían sido colocadas con gran sentido estratégico y ahora el edificio no era más que una informe masa derruida que servía de pasto del fuego. Nada había quedado en pie.

El encapuchado contempló su obra durante unos breves momentos y luego recogió sus bártulos y se alejó de allí, cuando ya acudían los primeros indios curiosos.

CAPÍTULO IX

Y llegó la explosión.

No la explosión del éxtasis, del orgasmo; no. Fue algo muy distinto.

Los dos nos encontrábamos semidormidos, ella la cabeza recostada sobre mi torso. Estábamos inundados, completamente llenos, por la felicidad vivida anteriormente. Sumidos en un letargo de dicha.

Y, de pronto, surgió la explosión. Aunque para nosotros, que todavía no sabíamos de qué iba la cosa, fue como un trueno lejano.

Nos despertamos al momento. Sólo cabía pensar en la posibilidad de una tormenta, pero el tiempo era totalmente inadecuado para ella.

—¿Qué será? —me preguntó Kathy, parpadeando, sin despegarse de mí.

La aparté con suavidad, sin contestar. Tomé mis ropas, me vestí apresuradamente y salí a la calle como un huracán. No me gustaba nada lo que había escuchado. Daba la impresión de ser algo así como una explosión. ¿Una explosión? ¿Cómo? ¿Dónde?

Era la madrugada. No había nadie en la calle, silenciosa, vacía, con escasa iluminación. Miré hacia todos lados pero no vi nada. En algunos balcones de los edificios vecinos y fronteros comenzaron a aparecer hombres y mujeres en pijama.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó uno de ellos, el portero de la finca que se levantaba justo enfrente de la oficina, que había subido a la terraza.

—¿Qué es? —pregunté, haciendo bocina con las manos.

El hombre miró entonces hacia abajo. Me reconoció.

—¡Hawk, veo un resplandor! ¡Es por la zona de la reserva india!
No quise escuchar más. Corrí hacia el jeep. Conectaba el encendido cuando otra persona subía a mi lado.

—¿Tú?

—No puedo perderme una noticia así.

—Eres condenadamente rápida.

—Y quiero pedirte un favor.

—¿Qué?

—Pasemos antes por el hotel para recoger a Jim, el fotógrafo. Necesito de su máquina.

—No puedo perder tie...

—¿No, cariño?

Me lo preguntó de una forma que me fue imposible negarme. Poco después el hosco Jim Glover venía con nosotros camino de la Yellow and Indian Reservation.

No había quedado nada del edificio principal. Todo se había derrumbado. No era más que un amasijo de maderas quemadas, vigas derruidas, cristales rotos... y cuerpos humanos destrozados.

Un gran gentío indio había alrededor. Bull, mi amigo Bull, se acercó a mí, mientras un grupo de indios capitaneados por Águila Veloz y Lester trataban de aplacar el fuego con extintores sacados de los otros edificios.

—No debe haber quedado ni uno —me comentó con rostro grave, preocupado.

—¿Cómo dices?

—En ese edificio habitaban Keegan y sus tres hombres de confianza.

Estaba tan consternado que hasta ese momento no alcancé a comprender en toda su magnitud la tragedia de lo sucedido.

—Muertos... —susurré.

Jim Glover ya hacía funcionar su máquina. La luz del flash chispeaba de vez en cuando.

—Esto... esto no habrá sido un accidente —balbuceó la joven, también impresionada.

—Lo escuché perfectamente —dijo Bull—. Ha sido una auténtica voladura.

—¿Por qué?

La pregunta de Kathy quedó flotando en el aire. En ese instante

llegaba a todo gas el coche de los bomberos.

Las autoridades tardaron en aparecer. Traían rostros circunspectos. Mi jefe comentó:

—¡Mierda!

Y escupió rabiosamente al suelo.

CAPÍTULO X

FENELL CITY amaneció sobresaltado.

Si en un principio no se le había dado la menor importancia a la muerte —accidental o provocada— de la india Noemí, ahora, tras la voladura del edificio central de la reserva, las cosas eran distintas.

Sin saber exactamente cómo ni quién, durante las siguientes horas se fue tejiendo una inquietante historia acerca de los dos hechos acaecidos en no más de veinticuatro horas.

La versión que circulaba por Fenell City, de boca en boca, era que la muchacha había debido ser drogada y forzada por Keegan y sus tres hombres de confianza, que los indios lo sabían y que no habían tardado en tomar represalias. Es decir, la muerte del director de la reserva y los tres empleados no era más que una venganza india.

Había algo más que redundaba en ello. En la reserva, en el almacén general, había un pequeño departamento de explosivos, por si eran precisos para obras, excavaciones, cosas así. Pues bien, una buena parte de ellos había desaparecido. Águila Veloz y Lester lo confirmaron. Y no había ninguna duda: los habían robado para volar el edificio central, con Keegan y sus hombres blancos dentro.

Las investigaciones llevadas a cabo durante las primeras horas de la mañana en la reserva no nos condujeron a ninguna parte. Fueron dirigidas por mi jefe, que decidió olvidar por un rato sus compromisos con el senador. Al final, Richard Morley acabó bufando de rabia.

—¡No hay formal!

—Ya sabe cómo son los indios, jefe —le consolé—. Inmutables

como piedras y silenciosos como muertos, cuando se lo proponen.

—Tú podías...

—Ya lo he intentado y nada. Llevo sangre india, sí, pero también llevo esto —y me señalé la placa.

—¡Pues ellos van a salir perdiendo!

La noticia de la tragedia llegó hasta la finca de los Hunt, por supuesto, e inmediatamente se presentaron en la ciudad Paul Hunt, Charles Porter y Louis Simpson, dispuestos a ayudar en lo que fuera. Se reunieron con el alcalde, el juez y el sheriff, en el Ayuntamiento. No estuve presente, pero sí supe los resultados de aquella asamblea. Se declaraba a los indios, en líneas generales, como presuntos culpables de lo ocurrido en la reserva, por lo que se formaría un comité de vigilantes voluntarios y armados para la custodia de los sospechosos, a la espera de que vinieran refuerzos policiales de la capital del estado. Y se continuarían con los interrogatorios.

Con esto se consiguió que, hacia el mediodía, la gente estuviera más tranquila. La teoría que había corrido como reguero de pólvora por Fenell City durante las primeras horas de la mañana se daba por buena y los malvados indios ya no podrían volver a las andadas. Prácticamente estaba resuelto el caso, no sólo el de la voladura del edificio central de la reserva, sino también el de la muchacha india. Todos podían lanzar un suspiro de alivio. Los festejos podían continuar.

Entretanto, yo no me había estado quieto.

Comencé a visitar a los cuatro hombres que habían sido fichados por drogadicción. Había un dato común en todos ellos: eran jóvenes, sus edades oscilaban entre los dieciocho y los veintidós años.

Gary Hogan no estaba en casa, pero su madre me dijo que podría encontrarlo en el trabajo. Era mecánico en un taller de reparaciones de automóviles.

—Aquello lo dejé. Se lo juro, deputy —levantó su mano derecha, sucia y grasienta—. Fue una tontada. Había ido a la capital del estado con unos amigos. Estuvimos en el barrio, ya sabe... Bueno, pues compré unos sobrecitos. Los usé aquí y me puse horrible. Mi madre se asustó y llamó al médico. Por éste vino la denuncia.

Parecía un buen muchacho y no insistí. El siguiente era un tal Percy Lukas, camarero de profesión. No hubo suerte con él. Ya no

estaba en Fenell City. Hacía tres semanas que había preparado su equipaje y cambiado de aires.

Joe Malcolm era el clásico hijo de papá. No se dedicaba a nada extraordinario, salvo holgazanear, aunque algunos lo llaman de otra forma: saber vivir. Lo encontré en el Flamingo, un bar de lujo. Estaba acompañado por otro joven como él y una chica que vestía muy elegantemente y que usaba el maquillaje como los caballos el forraje.

—¿Qué hay, deputy? —me saludó jovial, como si me conociera de toda la vida.

Le dije lo que deseaba.

—Eso es agua pasada —hizo un amplio gesto con las manos—. Ya ni me acuerdo. Fue simplemente un experimento, una curiosidad, ¿entiende? Yo no soy ningún adicto. No me gusta ser esclavo de nadie ni de nada.

—¿Y cómo conseguiste la droga?

—Ya lo dije. En la capital del estado. Me la vendió un tipo con aspecto de hippy, en la calle.

No lo saqué de ahí. Camino del cuarto y último de la lista, me dije que tal vez había equivocado la táctica. A veces, dar la cara no lleva a ninguna parte. Y ésa era la sensación que yo tenía: que no iba a ninguna parte.

Se llamaba Burt Conway y acababa de ser licenciado del Ejército, el postrero. Tenía malas pulgas:

—Estoy hasta las narices de ver tipos uniformados. ¡Váyase!

Vivía con su padre, que tenía una lechería dos manzanas más arriba. Él se encontraba en casa, en camiseta sport y pantalones vaqueros. Iba descalzo.

—Esto es serio, muchacho.

—Todo el mundo dice lo mismo, para defender sus intereses. La patria es una cosa seria, la ley es una cosa seria, el negocio de mi padre es una cosa seria... ¡Óiganme todos, yo también soy una cosa seria!

Me dio con la puerta en las narices. Desde luego, no parecía ser mi día.

Podía haberle forzado a abrir, podía haber echado la puerta abajo... No lo hice porque ya estaba convencido de que de esa forma no iba a sacar nada en claro. Tenía que emplear otra táctica.

CAPÍTULO XI

HABÍA quedado con Kathy en el hall del hotel. La encontré acompañada de Jim Glover, con sus inseparables cámaras —usaba un par— colgando del cuello.

—¿Qué? —me preguntó, mientras tomábamos asiento a lo largo de un confortable sofá tapizado en rojo. No había mucho trasiego de gente.

—Nada.

Y a continuación le puse al corriente de mis pasos.

—Mejor será que lo dejes —me recomendó—. La versión oficial suena muy congruente. Yo creo que no puede haber sido más que así.

—Ya.

—Es lo más lógico —dejó oír su voz Jim Glover—. ¿Quién si no iba a volar ese edificio? Los indios. Lo que pasa es que será muy difícil probarlo porque se habrán juramentado para no hablar. Nadie delatará a los autores materiales del hecho; de eso estoy seguro.

—Con ello damos por hecho que Keegan y sus hombres eran unos canallas, que drogaron y violaron a la india —dije.

—Son cosas que suelen ocurrir —se encogió de hombros el fotógrafo—. Ha sucedido en todas las épocas. El débil está expuesto a las brutalidades del fuerte.

—Sí. Pero me preocupa lo del ácido. El LSD no puede ser corriente en un lugar como Fenell City. La prueba es que no tenemos ningún caso archivado.

—Eso quiere decir que vas a seguir con la investigación —dijo

Kathy.

—No pierdo nada. En todo caso puedo descubrir una red de distribución de droga. Yo no creo que para conseguir ésta haya que ir a la capital del estado. Tiene que haber alguien aquí.

—¿Y cuál es tu plan?

—Alguno de los tres que he visitado hoy puede que aún siga con el vicio. No cuesta mucho... vigilarlos.

—¿Cómo?

—¿Puedo contar con vosotros?

—¡Vaya! ¡Lo que me faltaba! —exclamó Glover—. ¡Meterme a policía!

—¿Qué hay que hacer? —preguntó ella.

—Cada uno de nosotros se ocupará de uno de los sospechosos. Hay que averiguar adónde van, con quién se ven, todo eso.

Nos pusimos de acuerdo. Y cuando salimos a la calle, vi que Águila Veloz se encontraba junto a mi jeep.

—Te andaba buscando —me explicó con rapidez—. He localizado el jeep, pero no sabía dónde estabas metido.

—¿Qué pasa?

Miró con recelo a Kathy y a Glover. Estos comprendieron y se retiraron unos pasos.

—Di.

—Bull me ha rogado que vayas a verle. Dice que quiere hablar contigo, pero sin que lo sepa nadie. De amigo a amigo.

—¿Ahora?

—Dice que es importante.

—Está bien.

Me acerqué a la muchacha y el fotógrafo, pensativo.

—Ha surgido un imprevisto. Tengo que ir a la reserva.

—¿De qué se trata? —inquirió ella.

—No lo sé exactamente aún. Bien, como uno de ellos trabaja y me parece el menos sospechoso, lo dejaremos estar... o ya me ocuparé yo de él si puedo. Tú, Kathy, te encargarás de Joe Malcolm, el joven de la buena vida. Y usted, Glover, de Burt Conway, un jovencito bastante resentido... los dos tienen condiciones para ser unos drogadictos.

—¿Dónde nos veremos?

—Ahí mismo. En el hall del hotel. Suerte.

Águila Veloz ya había subido a su «Land Rover». Poco después los dos corríamos hacia la reserva. ¿Qué tendría que decirme Bull?

En la Yellow and Indian Reservation se respiraba un aire de tensión, ciertamente. Los vigilantes jurados ya habían llegado y aquello tenía todo el aspecto de un campo de concentración, si es que alguna vez no lo había sido.

Mi cargo favoreció la libertad de movimientos. Pude hacer un aparte fácilmente con Bull.

—¿Qué hay, muchacho? —le pregunté, impaciente.

—En primer lugar decirte que nosotros no fuimos. Tenía alguna duda, pero ya he hablado con todos los jefes. Todos juran no saber nada. Y yo los creo.

—Bueno, eso ya lo habéis dicho durante los interrogatorios. ¿Para tan poco me has hecho venir?

—No. Hay más.

—Habla, maldita sea.

—Primero quiero tu palabra de que no lo contarás a nadie y que harás por ayudarnos.

—No te entiendo.

—Dame tu palabra.

—Okay. La tienes. Palabra.

—Lo que voy a decirte explica en parte lo sucedido, pero a la vez nos pone las cosas más difíciles a nosotros, los indios. Es por eso que no podemos abrir la boca.

—Soy todo oídos.

—Bueno, habría que empezar por el principio. Por el tesoro.

—¿Tesoro?

—El tesoro de nuestros antepasados.

—Nunca había oído hablar de él.

—Sólo conocen su existencia los jefes y unos cuantos elegidos.

—¿Qué ocurre con ese tesoro?

—Siempre lo hemos tenido aquí, oculto en la reserva. Y no sabemos cómo, Keegan se enteró de su existencia.

—Ajá.

—Ese tesoro es nuestra única herencia y tiene un valor incalculable. Hay piezas que alcanzarían precios desorbitados. No podíamos hablar de él porque el hombre blanco nos lo incautaría, como ha hecho siempre con todo lo nuestro. Para nosotros las

migajas, para él la parte del león. Y Keegan decidió que todo fuera para él. Comenzó con las torturas...

—¿Por qué no lo denunciasteis?

—Por dos razones: porque él amenazaba con la desaparición de algún familiar y porque eso sería revelar la existencia del tesoro. ¿Entiendes?

—Sí. ¿Qué más?

—A pesar de las muchas guarradas que Keegan nos gastó, siempre secundado por sus tres hombres de confianza, nadie abrió la boca para decirle nada. Y sin embargo...

—¿Qué?

—Sin embargo, el tesoro ha desaparecido.

Se hizo un denso silencio entre los dos. Nos quedamos mirando con fijeza. En los ojos de Bull leí un claro dolor. En los míos supongo que habría asombro.

—Pero eso no es todo —agregó Bull. Su voz había perdido cierta energía.

—¿Qué falta?

—Antes te hablé de los elegidos. Son los que de vez en cuando van a vigilar el tesoro. Noemí era uno de éstos. Y aquella noche, la noche en que murió, fue precisamente a eso.

—¡Condenación! —farfullé—. ¿Y por qué no me lo dijisteis antes?

—Porque queríamos arreglarlo a nuestra manera. En seguida sospechamos lo que podía haber ocurrido. En efecto, el tesoro se había volatilizado. Sospechamos inmediatamente de Keegan y sus hombres, celebramos una reunión secreta, acordamos no hablar y tratar de recuperarlo por nuestra cuenta y riesgo. Era la única forma de no perderlo. Compréndelo. ¿Qué conseguíamos con denunciar el robo? ¿Que castigarán a Keegan? Ni eso era seguro. Y el tesoro pasaría a manos del Gobierno.

—¡Maldita manera de arreglarlo! ¡Vol...!

—¡Te he dicho que no fuimos nosotros!

—¡Ya!

—¿Ves tú como ahora tampoco podemos hablar? Sería proporcionarle a las autoridades una buena razón para matar a Keegan y sus hombres. ¡Todo el mundo pensaría que fuimos nosotros!

—Está bien, está bien —traté de tranquilizar los ánimos. Un vigilante jurado pasó ante nosotros, saludándome—. Aclaremos puntos. La noche de la muerte de Noemí, ésta tenía que vigilar el tesoro, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Ese tesoro se encontraba dentro de la reserva?

—Sí.

—Pero ella murió fuera.

—La alejarían para no despertar sospechas.

—Es posible.

—Estoy seguro que ella los descubrió limpiando el lugar. Y tuvo la desgracia de ser vista.

—Y la mataron, ¿no?

—¡Claro que sí! ¡Keegan era un tipo sin escrúpulos; tú no lo conocías bien!

—Pero ¿por qué violarla y drogaría?

—No te entiendo.

—Hubiera sido mucho más práctico limitarse a llevarla a la Cañada del Esqueleto y empujarla. Posiblemente todo hubiese quedado como un simple accidente. Al aparecer violada ya delata la presencia de algún hombre...

—Sí...

—A mí me resulta extraño que cometieran esa torpeza. Por otro lado, si no fuisteis vosotros los que volasteis el edificio...

—¡Te juro que no!

—¿Quién lo hizo? ¿Por qué? ¿Dónde está vuestro apreciado tesoro?

Bull calló, agobiado por mis preguntas.

—Debe haber algo más —agregué, preocupadamente.

Se desgranaron unos segundos de silencio. Luego, Bull murmuró:

—Te... te he llamado y contado todo para... para solicitar tu ayuda...

—Ya.

—Todos estuvieron de acuerdo. Confían en ti. Parte de nuestra sangre corre por tus venas. ¿Contamos contigo?

La respuesta era obvia.

—Sí.

* * *

Robert Hunt era un joven que contaba veintiún años de edad. Alto, fibroso, bien parecido. Había heredado los ojos azules de su madre y la excelente presencia física de su padre.

Poseía el clásico apartamento de soltero en Fenell City, y allí se hallaba reunido con un grupo de amigos y amigas. Todos parecían pasárselo en grande, la música puesta a toda pastilla, las bebidas corriendo como si aquello fuera un desierto al mediodía.

Conforme fue avanzando la fiesta, la intimidad entre los allí reunidos aumentó. Los porros hicieron acto de presencia y eso animó aún mucho más la cosa. Algunas parejas se retiraron a otros lugares más discretos del apartamento, otras continuaron allí sin ningún pudor.

—¡Esto sí que es una fiesta y no las que celebra tu hermano! —gritó uno en un momento determinado.

Robert Hunt no le hizo mucho caso porque tenía su atención centrada en Melissa, una joven nueva en el grupo. La muchacha parecía comportarse con desenvoltura y Robert Hunt estaba deseoso de comprobar hasta dónde llegaba ésta.

Se aproximó más a ella, trabando una fácil conversación. Luego, inició caminos más atrevidos.

—Oh, no, eso no —le detuvo una mano la joven.

—¿Por qué? ¡Mira a los demás!

—No me importa lo que hagan los demás. Te digo que no y es que no.

—Y yo te digo que sí y es que sí.

—¡Oye! ¿Quién te has creído que eres?

—El que manda aquí. ¡Bájate la braga!

—¡Un cuerno! ¡Yo me marchó! ¡No me imaginaba que fuerais así!

—¡De aquí no te vas, monada! —la atenazó con sus fuertes brazos.

—¡Suéltame, animal!

—Anda, no seas tonta... Obedece y verás lo bien que nos lo pasamos...

—¡No!

Un par de parejas, atraídas por la discusión, se acercaron a gatas hasta ellos.

—Pero ¿qué pasa, Melissa? —le preguntó una de las chicas, con

tanta ropa como Eva.

—Que no quiero hacerlo, Linda.

—¡Mujer...! ¡Pero si Robert es fabuloso...!

—¡Para ti todo!

—¿Acaso eres virgen? —preguntó uno de los jóvenes.

—¡No!

—¿A qué tantos remilgos, entonces?

—¡Porque lo hago con quien me gusta!

Robert Hunt no se pudo contener y estrelló su diestra contra el rostro de Melissa. La joven gritó. El hermano del senador se lanzó ya sin ningún freno, vorazmente, sobre Melissa, mientras los otros permanecían pasivos, como simples espectadores.

Cuando la tuvo dominada, le gritó a uno de sus amigos:

—¡Trae una dosis y una jeringa! ¡Yo le voy a enseñar a ésta!

—¡No! ¡No! —chilló asustada Melissa.

—Y como luego le cuentes algo a alguien, tú y tu familia ya os podéis despedir de este condado. ¡Ya sabes el poder que tiene mi padre!

—Y su hermano es ahora senador por el estado —añadió un amigo, riendo.

—¡Ayudadme! —suplicó, casi con lágrimas en los ojos.

—Sólo tienes que ser condescendiente con Robert, querida —le pasó una mano por la mejilla la tal Linda, que era la amiga que la había traído a la fiesta—. A Robert le gusta probar a todas las chicas que conoce. ¡Y te aseguro que es fenómeno!

—¡Ahí viene Frank! —chilló uno.

Melissa, al ver al amigo de Robert Hunt con la jeringuilla cargada y lista, se asustó de veras. Su rostro se perló de sudor y toda su entereza se vino abajo, súbitamente, como un castillo de naipes.

—E...está bien... —balbuceó—. Ha...haré lo que... que digas..., pero no... no me pinches..., por favor...

Robert Hunt soltó una carcajada de triunfo.

CAPÍTULO XII

GENÉ con Kathy y Glover en el restaurante del hotel. La verdad es que la comida no me aprovechó mucho. Las ideas bullían en mi mente de una forma desordenada, sin lógica, y me sentía incapaz de descifrar todo aquel asunto que cada vez aparecía más complejo. Por otro lado, esquivé lo mejor que pude las preguntas incisivas de Kathy, quien quería saber todo lo que había hablado en la reserva. Pero yo había dado mi palabra y la cumplí a base de evasivas y respuestas superficiales. Kathy se debió dar cuenta que no deseaba revelar lo que sabía porque desistió componiendo un mohín de disgusto.

La labor que habían desarrollado ella y el fotógrafo no había dado ningún resultado positivo. Joe Malcolm, el hijo de papá, había continuado durante buena parte de la tarde en el bar Flamingo, en compañía de sus amigos, bebiendo y charlando. Luego, habían aparecido un chico y una chica más y todos juntos se habían trasladado a la discoteca Caribe. Allí los había dejado Kathy, bailando y metiéndose mano.

Por lo que respecta a Burt Conway, éste había salido de su casa cuando ya moría la tarde. Se había dedicado a pasear anárquicamente por las calles de Fenell City para terminar sentado en un banco de Groen Park, solo y meditabundo. Jim Glover había sido más atrevido que Kathy. Con la excusa de ser un fotógrafo que estaba haciendo un reportaje sobre Fenell City, se acercó a él y consiguió trabar conversación. Lo cogió en un buen momento. El muchacho necesitaba desahogarse con alguien y aquel hombre extraño, forastero, que nada tenía que ver con Fenell City, le

pareció el idóneo. En resumidas cuentas, Burt Conway atravesaba una fuerte crisis de identidad: detestaba el negocio de su padre, quien quería que le ayudara y luego continuara con él, por lo que se había negado a enviarlo a una Escuela Superior; la vida en el Ejército le había marcado de una forma negativa, una vida de ordeno y mando, fascistoide, que se vanagloria de crear hombres a base de humillarlos y enseñarles a matar... No, Burt Conway quería algo que verdaderamente le llenara, y ni en Fenell City ni en San Diego lo había encontrado.

—No creo que tenga tiempo para la droga —terminó Glover—. En su mente sólo se rumia una cosa: escapar.

Total, nada.

* * *

—Qué fiestas más zafias y pueblerinas celebra mi hermano. Parece mentira... Ahí, todos mezclados con esa gente vulgar e inculta. O cuando nos hizo ir a codearnos con los sucios indios... ¡Cómo echo de menos nuestras fiestas de la capital! ¡Eso sí que es elegancia y distinción! ¡Oh, Charles! ¿Cuándo vamos a regresar a casa?

Charles Porter había cerrado los ojos mientras su mujer soltaba por enésima vez el mismo rollo. Los abrió y la vio ante el espejo del tocador procediendo a quitarse el maquillaje.

—Ya sabes que tengo que estar al lado de tu hermano, nena. Todo llegará.

—Es que cuento los días y me pongo enferma. No me gusta este lugar.

—Aquí has vivido siempre.

—Será por eso.

Elizabeth (Hunt) Porter se levantó de la silla. No era muy alta ni muy guapa, pero tenía cierto gancho. Veinticinco años, cabellos rubios oxigenados, figura estilizada... Su esposo la observó mientras se desnudaba; lo hizo fríamente, sin ninguna clase de admiración o deseo. Al ver que ella se colocaba el camisón, respiró aliviado para sus adentros, y dijo:

—Te encuentro nerviosa. Tómate un somnífero y así dormirás con mayor facilidad.

—Sí, no es mala idea —aceptó.

Charles Porter se desnudó lentamente. Cuando se metió en la

cama, ya su mujer roncaba. A pesar de esto, esperó todavía unos minutos. Luego, saltó del lecho, llegó hasta la puerta y salió.

Avanzó sigilosamente por el pasillo, alcanzó la escalera y subió hasta el piso superior. Poco después golpeaba con los nudillos en una puerta. Era una habitación destinada para huéspedes.

Alguien te abrió. Pasó al interior y dos brazos de terciopelo se enroscaron a su cuello.

Era Mia Hunt.

CAPÍTULO XIII

JIM GLOVER dijo que no tenía sueño y que iba a dar una vuelta por Fenell City. Ciertamente, hacia una noche agradable, que invitaba al paseo.

Yo no quería darme por vencido en el caso de los sospechosos de drogadicción, así que decidí trasladarme a la discoteca Caribe con el fin de vigilar a Joe Malcolm, quien se llevaba todos los números, según mi opinión. Kathy enseguida se colgó de mi brazo.

—No pensarás entrar así —me dijo, señalándome el uniforme.

Fue por lo que antes pasamos por mi casa, para cambiarme. Y ya no salimos de allí.

Desde luego, pudo más la persuasión carnal de ella que mi deber como ayudante del sheriff del condado. No estoy muy orgulloso de aquella flaqueza, pero también he de reconocer que fueron unas horas maravillosas.

Kathy, por otro lado, quería algo más.

—Te encuentro preocupado —comentó durante el reposo—. ¿Qué ocurre? ¿Tiene algo que ver con tu estancia esta tarde en la reserva?

Las mujeres son muy listas, tremendamente listas. Y al final, aunque tengan que dar cien mil rodeos, consiguen lo que se proponen.

Yo estaba medio atontado, las caricias que me prodigaba me colocaban en el séptimo cielo... y acabé satisfaciendo su curiosidad.

Luego, ya despabilado, entramos en una conversación más seria y profunda.

—De todo esto se pueden sacar algunas teorías —dije—. Una:

Noemi fue atacada por Keegan y sus hombres, los cuales la violaron, la drogaron y la despeñaron. Acto seguido, robaron el tesoro. Luego, los indios tomaron venganza. Para ello se procuraron explosivos y detonador del almacén general y volaron el edificio central, con Keegan y sus hombres. Esta teoría no me convence, pero es la que prevalecería si damos luz pública a lo que sabemos.

—Es lo más congruente, John. Incluso tal vez los indios lograron averiguar dónde habían escondido el tesoro Keegan y sus hombres antes de asesinarlos.

—Sí, sí... ¿Pero entonces por qué Bull me llamó y me pidió ayuda?

Kathy no supo qué responderme. Dejó correr unos segundos de silencio y luego me preguntó:

—¿Cuál es la otra teoría?

—Creo que ni siquiera llega a teoría porque faltan muchas piezas.

—Explícate.

—Verás, ya lo comenté con Bull. Me parece ilógico que Keegan y sus hombres violaran y drogaran a Noemí. Era delatar el posible crimen. Lo mejor era haberla despeñado, así, simplemente. Con toda seguridad hubiera quedado como un accidente, al menos para nosotros, mientras no supiéramos el robo del tesoro indio. Por otro lado, los indios no han volado el edificio. Yo creo en la palabra de Bull.

—¿Entonces...?

—Hay que pensar en más personas implicadas. Otras personas que atacaron a Noemí. Otras personas que volaron el edificio. Incluso otras personas que hayan robado el tesoro indio.

—¿Qué personas?

—Eso es lo que me gustaría saber, cariño. No se me ocurre quién o quiénes.

—¿Y cómo se compondría esa segunda teoría?

—A grandes rasgos, lo siguiente. Keegan y sus hombres están implicados, por supuesto. Y pienso que debían tener algún socio o socios.

—Y ser éstos los culpables de lo sucedido a la india, del robo, de la voladura...

—Una cosa así es lo que me está bailando por la cabeza desde

esta tarde.

—¿Y qué piensas hacer?

—Seguir con lo de la droga; lo del ácido me parece una buena pista. También he pensado en comenzar a investigar la vida y milagros de Keegan y su gente. Y a veremos...

—Eso será mañana. Ahora...

¿Conocen ustedes a alguien que sea capaz de decirle no a una mujer en la cama?

* * *

Jenny Roberts era una mujer de veintiocho años de edad, trigueña, atractiva, con un cuerpo escultural que podía ser admirado todas las noches en el Selene, night-club propiedad de Amos Langtry.

Aquella noche, tras su actuación, no emprendió el camino de su casa. Se desvió de su ruta habitual para dirigirse hacia el extrarradio de Fenell City. Llegó hasta el final de la Burbank Street, que moría en pleno descampado. Allí apenas había luz, la que proporcionaban unas lejanas farolas, y se respiraba una soledad y un silencio casi agobiantes.

Otra, en su lugar, hubiera sentido un miedo espantoso. Ella, en cambio, no. Se mostraba serena, segura de sí misma. Sabía lo que quería, ¡vaya si lo sabía!

No tuvo que aguardar mucho. Escuchó el ruido del motor de un coche que se aproximaba, vio las luces, sonrió. La persona a la que había telefonado unas horas antes, ya estaba allí.

En efecto, el ruido del motor cesó, las luces se apagaron, al poco apareció un hombre ante ella. La oscuridad de la esquina les protegía de cualquier mirada indiscreta.

—Buenas noches, senador —saludó la artista del night-club.

Paul Hunt soltó un gruñido malhumorado. No la conocía de nada. La primera noticia que había tenido de su existencia fue al recibir la llamada telefónica.

—No falte —le había dicho, tras citarle—. Tiene mucho que ver con el pobre Keegan. ¿Lo recuerda?

Lo recordaba. Y allí estaba.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó luego, secamente.

—¿Qué voy a querer, senador? —rio ella—. Dinero.

—No lo entiendo.

—Lo comprenderá enseguida. Yo soy la heredera del difunto Keegan.

—Sigo sin...

—¿No le habló él de cierta confesión firmada? —le interrumpió la mujer.

Paul Hunt dejó escapar una maldición.

—Ya lo entiende, ¿verdad que sí?

—Ya pagué por ello.

—Pero no a mí.

—Eso es...

—Todo lo que usted quiera. Pero si se pone tonto, a mí no me cuesta nada llevarle la confesión a la policía. Será un escándalo. Su carrera política caerá con toda seguridad en picado.

—De acuerdo —se mesó nerviosamente los cabellos el senador—. ¿Cuánto quiere por la confesión?

—He pensado algo mejor.

—¿Qué?

Ella acentuó su sonrisa.

—Aunque soy joven, creo que no me vendría mal una pensión, ¿sabe usted?

—No pretenderá que...

—Que me pase usted mil dólares mensuales. Eso no es nada para su fortuna. Además, con su actual cargo, podrá obtener más dinero. He oído hablar de los chanchullos políticos. ¿Por qué cree que va mal la economía?

Según ella debía ser un buen chiste porque rio con verdaderas ganas.

Paul Hunt estaba pálido, nervioso. Su mente trabajaba infructuosamente en busca de una salida para aquel nuevo inconveniente.

—Le doy un par de días para que lo piense, senador. Pero estoy segura que decidirá echarle una manita todos los meses a esta pobre desvalida.

—Mil dólares es demasiado... —murmuró al fin.

—No tanto. Tenga en cuenta que se ha ahorrado el pago del desgraciado Tom. Y ahora me voy, senador; tengo prisa. Me están esperando.

—¡Oiga...!

—Dentro de dos días le telefonearé y usted me dará la respuesta.
Buenas noches, senador.

Jenny Roberts echó a andar hacia el centro de Fenell City, dejando tras de sí la figura abatida e inmóvil del senador Paul Hunt.

CAPÍTULO XIV

CUANDO llegué a la oficina, aquello era una fiesta. El champaña corría a raudales. Pensé estúpidamente que el caso se había resuelto de pronto.

—¡Toma, John! —me alargó un vaso Steve Lutz, mi compañero —. ¡Ha sido niño!

Eso era. La esposa de Lutz había dado a luz. Simplemente eso.

Y allí estaban todos, el sheriff, el alcalde, el juez, Steve, celebrándolo.

Me sumé al acontecimiento.

—Voy a investigar sobre Keegan, jefe —le dije entre copa y copa —. Tal vez tuviera enemigos aquí, aparte los indios.

—¡Bah, tonterías! ¡Han sido ellos! Nos hemos tomado un respiro para celebrar la llegada del hijo de Steve, pero enseguida vamos a continuar con los interrogatorios. ¡Al final cantará alguno! Y... ¡ah!, vendrás con nosotros. Necesito gente.

—¿Y los refuerzos de la capital?

—Supongo que llegarán hoy.

—¿Y el senador y sus festejos?

—Ha sido un ruego de él que le demos prioridad a esto.

Así estaban las cosas. Cuando se terminó el champaña, el juez Woods se fue a seguirla por ahí, mientras que el alcalde, mi jefe y yo nos trasladamos hasta la reserva. Steve Lutz tenía el día libre.

No llegué a intervenir en los interrogatorios. Águila Veloz se acercó a mí.

—Precisamente iba a ir a por ti. Bull quiere volver a hablar contigo.

Me excusé y acudí al lugar donde me esperaba. No estaba solo. Le acompañaba un par de indios jóvenes como él que sujetaban a un tercero, de mediana edad, enjuto y con todo el miedo del mundo reflejado en su cobrizo rostro.

—¿Qué hay, Bull?

—¿Has conseguido algo?

—Aún no.

—Nosotros, sí.

Miré al que agarraban.

—Este es el traidor —agregó Bull, acercándose al sujeto en cuestión y arreándole un mandoble que casi le pone la cara del revés.

—Traidor... ¿en qué sentido?

—Él fue quien vendió la ubicación de nuestro tesoro.

—¡Oh...! —sólo se me ocurrió decir.

—Y no fue a Keegan.

—¿A quién? —pregunté, vivamente interesado.

—A una mujer blanca. Ella lo engatusó, allá en Fenell City, y el muy tonto picó.

—¿Quién? —insistí.

—Una mujer que trabaja en un club nocturno. La conocí en una de sus visitas a Fenell City. La mujer se llama Jenny Roberts.

—La conozco. Incluso la he visto actuar en un par de ocasiones. Pero ¿qué puede tener ella que ver en todo esto?

—Eso lo tendrás que averiguar tú. Nosotros no podemos salir.

De nuevo tuve que mentirle a mi jefe. No tenía más remedio si quería cumplir con mi palabra. El sheriff era un hombre obstinado, de ideas fijas, y si le hablaba algo del asunto del tesoro aún se reafirmaría más en su convicción de que los indios eran los culpables.

—No me acordaba que había quedado con la señorita Fawcett, la periodista, en la oficina.

—Esa metomentodo...

—Tardaré lo menos posible. Me sabe mal dejarla plantada.

—¡Al diablo se vaya!

—No, jefe. Hay que ser caballeroso...

Richard Morley soltó un gruñido de malhumor, pero no se opuso. Samuel Carrigan, el alcalde, decidió de pronto que aquello

era muy aburrido y me rogó que lo llevara para Fenell City, pues tenía que resolver no sé qué asuntos. Mi jefe se quedó en compañía de los vigilantes jurados.

Durante el trayecto apenas cruzamos palabra. El alcalde era un hombre muy pagado de sí mismo, poco dado a hablar con los subalternos. Lo dejé en el Ayuntamiento y ni me dio las gracias.

Yo sabía dónde vivía Jenny Roberts. Había tenido que ir en una ocasión a su domicilio, durante una guardia nocturna, al recibir su llamada telefónica angustiosa. Dos espectadores borrachos pretendían derribar la puerta de su casa para propasarse con ella. La cosa terminó con los enardecidos señores en la prisión, y Jenny Roberts pudo dormir aquella noche en paz.

Cuando llegué ante su casa, recordé con cierto agrado el beso de agradecimiento que había recibido de su parte. Jenny Roberts era una mujer con un físico sensacional y una voz de excepción. Sus actuaciones en el Selene eran de todo el mundo conocidas. Cantaba y se desnudaba con un arte especial, que provocaba auténticos llenazos. Amos Langtry estaba muy contento con ella y ya en un par de veces le había prorrogado el contrato.

Pulsé el timbre y nadie contestó, por más que esperé. Me extrañó que no estuviera porque, sabido era, las mañanas las empleaba para descansar.

—¡Señor Hawk! —me llamó alguien.

Giré la cabeza. Se trataba de Lewis Grant, el vecino de Jenny Roberts, quien asomaba su cabeza por una de las ventanas de su casita. Era un vejete con poco pelo y unos ojos muy pillines. Tenía fama.

—Si la busca, le diré que está dentro. Aún no ha salido. Yo siempre la veo, ¿sabe?

Era de imaginar. Le dediqué una sonrisa de agradecimiento y apreté el botón del timbre con mayor fuerza y duración.

Nada.

Entonces tomé una decisión poco ortodoxa, llevado por mis malos presentimientos. Rodeé la casa, observando las ventanas. Tuve suerte. Encontré una que estaba ligeramente entornada. Me colé ante la mirada curiosa de Lewis Grant.

Ya en el interior, no tuve que dar muchos pasos. Me la encontré en el pasillo. Alguien había jugado al carnicero con ella.

—¿Qué ocurre, Peter?

Peter Hunt, quien se encontraba mirando por el amplio ventanal del comedor de su finca, dio media vuelta, quedando encarado a su esposa.

—Nada —contestó.

Anne Hunt era una mujer delgada, consumida, minada por la enfermedad, y en nada le recordaba ya a la que él conociera antaño. Ahora estaba condenada a un sillón de ruedas, inútil total, moviéndose de un lado a otro de la casa como un fantasma nervioso, sin saber qué hacer.

—Últimamente te encuentro preocupado —observó ella. Sólo había viveza en sus ojos.

—Tonterías tuyas —rechazó él—. Estoy como siempre.

Era un hombre alto, robusto, que todavía se mantenía en plena forma. Pronto iba a cumplir los cincuenta y ocho años, pero en honor a la verdad había que reconocer que no los aparentaba; sí media docena menos.

—No parece estar muy contento con la elección de Paul como senador —dijo ella—. Ni tampoco con que toda la familia esté aquí reunida.

—Arme, tú desvarías...

—Sé muy bien lo que digo. A mí no me engañas, Peter.

El propietario de la finca dio unos pasos por la suntuosa pieza. Su mujer le siguió con la mirada. Cuando se volvió, se encontró con los azules ojos de ella que todavía continuaban escrutándole.

—A mí no me engañas, Peter —repitió la mujer,

—¿En qué no te engañó, maldita sea? —se exaltó él.

—Hubieras preferido que fuera Robert el senador, el hombre inteligente, el hombre famoso...

—¿Qué más da!

—¿Qué más da?

Peter Hunt no pudo soportar la penetrante mirada de su esposa y le dio la espalda.

—Tú odias a Paul —soltó de pronto la paralítica, como un escopetazo.

—No...

—¡Sí! ¡Dame la cara y reconócelo!

—¡No saques ese tema! —dijo un puñetazo contra la pared más cercana—. ¡Te lo prohíbo! ¡No quiero oír hablar de ello!

—Pues yo sí.

—¡Pues yo no!

—El único consuelo que tengo es el de observar a la gente. Y tú eres la persona que tengo más cerca. Te sientes frustrado, amargado. Robert es la niña de tus ojos y no ha sido nada de lo que tú esperabas. Robert es un vividor, un juerguista, un golfo, es duro reconocerlo porque también es hijo mío, pero es la verdad.

—¡Cállate! —rugió el hombre.

—¡No me da la gana! —elevó ella tanto la voz como él—. ¿Y para qué hablar de nuestra Elizabeth? Mimada y consentida por ti en demasía, convertida en una tonta hija de papá... Pero tuvo suerte, mira por dónde. Consiguió meterse en el bolsillo al famoso abogado Charles Porter, amigo íntimo y colaborador de Paul. Una gran boda, eso es lo que pensamos, sí. Pero no hace falta ser un lince para darse cuenta de que el matrimonio va cada vez peor, que Charles está hasta las narices de nuestra amada hijita. Al final se divorciarán. ¿Verdad que te has dado cuenta de ello?

Él permaneció de espaldas a su mujer. Tenía los puños apretados y la faz contraída por una sorda rabia que no sabía cómo expulsar fuera de sí.

—Dos hijos fallidos —siguió diciendo la mujer—, y un tercero que ha sabido aprovechar los estudios, que ha demostrado tener valía, empuje, fuerza de voluntad, responsabilidad..., todo lo que tú no le perdonas porque...

—¡Basta! —chilló Peter Hunt, girando sobre sus talones y abalanzándose sobre su esposa como un poseso. Sus manos se cerraron en torno a su cuello, apretando. Los ojos de la mujer se desorbitaron, su boca se abrió patéticamente... De súbito, él se detuvo, jadeando, hundiendo la cabeza entre los hombros.

—Es eso... lo que... estás deseando hacer... desde hace... treinta años... —balbuceó ella, pasándose una mano por el dolido cuello—. Pero todavía no has encontrado el suficiente valor —agregó de un sopetón.

CAPÍTULO XV

BIEN. AQUELLO sí que no se podía ocultar. Comencé, pues, a hacer llamadas.

Poco después, la casa de Jenny Roberts se convirtió en una especie de infierno. Las autoridades no hacían más que sudar.

—¿Por qué viniste aquí?

Sabía que esa pregunta me la haría mi jefe más pronto o más tarde, y ya había pensado en una respuesta.

—Al ir camino de la oficina me encontré con un amigo, del que por ahora voy a silenciar su nombre, quien me comentó que en cierta ocasión, en una reunión con Jenny Roberts y otras personas, ésta había confesado confidencialmente que de vez en cuando tomaba droga. Ya sabe que anda interesado por todas las personas que se drogan...

La mentira no era mala del todo y Jenny Roberts no iba a protestar. Lo del amigo..., bueno, el jefe estaba más preocupado por otras cosas.

—¿Quién habrá sido el loco?

—¿Usted cree que ha sido obra de un desquiciado?

—¿Quién, si no?

No quise contradecirle, so pena de descubrirme, y me limité a proponer:

—¿Inicio las pesquisas?

El sheriff soltó un gruñido de asentimiento.

Al salir de la casa, me di de narices con Kathy Fawcett y Jim Glover. Los dos acudían presurosos a la fiesta de sangre.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó ella.

—Sé tanto como tú.

—¡Oh!, no me engañes. —miró a Glover—. No se preocupe de mí. Vaya a disparar la cámara.

Glover obedeció. Ella agregó:

—Cuéntame.

Lo he dicho ya. Era muy lista.

—Acompáñame. No puedo perder tiempo.

Por el camino, antes que nada, le dije que si se encontraba con mi jefe recordara que había quedado conmigo esa mañana en la oficina. Ella estuvo de acuerdo y, a cambio, me pidió la información.

Le conté lo que sabía.

—Así que ahora ya sabemos cómo los ladrones se enteraron del lugar donde se encontraba el tesoro —comentó Kathy cuando dejó de hablar—. Se valieron de Jenny Roberts.

—En efecto.

—Pero estamos prácticamente igual, porque ella no puede decir ni pío.

—Eres muy sagaz —ironicé.

—¿Y ahora adónde vamos?

—A visitar a Amos Langtry.

—¿Quién es?

—El dueño del club nocturno donde actuaba Jenny Roberts. Él puede saber algo de lo que ella hacía. Tengo entendido que mantenían relaciones íntimas.

Fuimos a su casa porque a aquellas horas el club estaba cerrado. Amos Langtry vivía con bastante lujo y confort, incluso disponía de un sirviente. Este nos pasó hasta un salón-biblioteca al que al rato acudía el dueño de la casa.

Amos Langtry contaría unos cuarenta años de edad y se mantenía en perfectas condiciones físicas. Acudía mucho a la piscina municipal. Era un excelente nadador, yo lo había visto. Pelo negro, encrespado, ojos oscuros, rostro atezado, buena estatura y complexión, eran algunas de sus características. Se envolvía en un batín negro y calzaba unas zapatillas de estar por casa.

—¿Qué hay, Hawk?

Primero hice las presentaciones. Luego, le conté a qué iba.

Palideció. Eso fue lo único que pude apreciar. Se hizo un breve

silencio y después murmuró:

—No puede ser...

—Es la realidad, Langtry. Lo siento.

—Yo... yo me encargaré de todo. Jenny no tenía familia.

—Muy bien. Pero he venido a otra cosa.

—No sé qué puedo decirle, Hawk. Jenny no tenía amigos en especial, salvo yo. Los demás eran conocidos. Alternaba con alguno de ellos. Nada más.

—Pero habría algún asiduo, ¿no?

—Pues... —tardó en responder—, últimamente, sí.

—¿Quién?

—Keegan, el director de la reserva. Él solía... ¡Cuerno! —exclamó de pronto—. ¡No me diga que esto tiene relación con lo de Keegan y sus hombres!

—No lo sé —me encogí de hombros—. Sólo he venido para saber cuáles eran las relaciones de Jenny. Y a través de éstas trataré de encontrar alguna pista. Por ahora no tenemos ninguna.

No creí prudente hablarle del tesoro indio y lo demás. No le interesaba.

—Como le decía, Hawk, el director de la reserva solía alternar últimamente con ella. Él y sus hombres, para ser fieles a la verdad. Por tanto, no cabía pensar en una relación... amorosa. Ella se limitaba a acompañarles y ellos consumían. Eso era bueno para mi negocio. ¿Entiende?

—Sí. ¿Usted y ella...? —lo dejé en el aire, al tiempo que sonaba un timbre.

—Eso no le importa, Hawk.

—Sólo lo quiero saber para estar seguro que no había otro.

—¡No lo había! —aseguró alzando la voz.

Lo di por bueno. E iba a realizar la siguiente pregunta —pedir los nombres de otros clientes que hubieran alternado con ella— cuando apareció en el salón el sirviente.

—Señor...

—¿Sí, Parker?

—Tiene visita.

—¡A mí no me hace nadie esperar! —surgió de pronto una voz por detrás del tal Parker—. ¡Langtry, he venido a que me des...!

El jovenzuelo se calló al verme. Nos conocíamos. Era Joe

Malcolm.

CAPÍTULO XVI

—BUENOS días, muchacho —saludé con una sonrisa. Mi cerebro se había puesto a pensar a toda máquina tras aquella inesperada sorpresa—. Celebro verte.

Mis palabras no tuvieron ningún eco. Continuó un silencio que yo calificaría como tenso, dramático. Amos Langtry permanecía en pie, envarado, pálido, las manos en los bolsillos del batín, y se podía apreciar cómo apretaba éste con rabia. Joe Malcolm había abierto unos ojos como platos y no sabía cómo reaccionar. El sirviente era tal vez el más sereno; se mantenía a la expectativa.

—¿Qué buscas aquí? —pregunté, al ver que nadie decía nada. Kathy se limitaba a observar la escena con mucha curiosidad.

El que tomó la palabra fue Amos Langtry, dando un paso al frente.

—Es un cliente habitual de mi establecimiento —dijo, tratando de explicar la situación—. Está empeñado en que le debo dinero por una partida de póquer que jugamos una noche. Tonterías de jóvenes creídos... ¡Parker! —ladró a continuación—. ¡Sácalo de aquí! ¡Está molestando!

El sirviente no se hizo repetir la orden. Tomó fuertemente por un brazo a Joe Malcolm y tiró de él hacia atrás. El muchacho no protestó.

—¡Alto! —grité yo entonces.

Se detuvieron; el tal Parker quedó mirando a su amo. Joe Malcolm parecía asustado, incapaz de articular palabra, perdidos por completo los bríos de un principio, cuando hizo acto de presencia.

—¿Qué pasa, Hawk? —preguntó el dueño de la casa.

—Quiero hablar con el chico.

—¿Por qué?

—Creo que puede contarme algo interesante.

—No te entiendo.

Sin darle la espalda, avancé hacia el muchacho.

—Veamos, Joe Malcolm —dije—. Explícame tú lo de esa partida nocturna...

—Yo... pues...

—¡Anda!

Miró en demanda de auxilio a Langtry. Yo alargué un brazo y retiré el del sirviente, liberándolo de la garra.

—Espero una respuesta convincente, chico. ¿O no la tienes?

Amos Langtry se me acercó, nervioso.

—¿A qué viene todo esto?

Le miré fijamente.

—También estoy a la caza y captura de cierto distribuidor de droga. A este muchachito le encantan los viajes. Pienso que tal vez venía a otra cosa. Parecía muy excitado. Como cuando se necesita una dosis... ¿No es eso lo que te ocurre, Joe Malcolm? —ahora fue mi mano quien lo agarró, y no del brazo, sino del cuello—. ¡Estás nervioso porque te es preciso un poco de carburante!

—No... no... —tartajeó.

—¿Qué me contestarías si te dijera que te voy a encerrar en prisión hasta que decidas contarme la verdad? Allí, enrejado, no tendrás ninguna oportunidad de conseguir lo que quieres. ¿Sabes lo que te pasará, entonces?

Contaba con que el muchacho ya lo hubiese experimentado anteriormente. Por ejemplo, en la ocasión en que fue detenido. Noté que sus ojos se extraviaban, presa del pánico, y que algunas gotitas de sudor comenzaban a perlar su frente.

—¿Qué dices, Joe Malcolm?

—No... ¡No lo hará!

—¿No? ¡Veremos si es verdad eso de que te habías regenerado!

—¡No! ¡No!

—No, ¿qué?

—¡Estoy igual! ¡Estoy igual! ¡Es verdad!

—Así me gusta. ¿Y a qué venías aquí?

—A... a por unos sobrecitos...

—¿De qué? Vamos, no tengas miedo.

—¡Esto es ilegal! —estalló Langtry—. ¡No puede hacer esto! ¡Le está obligando a decir lo que usted quiere!

—¡Cállese! ¡Y tú, chico, habla!

—Heroína... Heroína...

Lo solté bruscamente. Trastabilló y a punto estuvo de caer.

Los ojos de Amos Langtry despedían chispas de odio.

—Voy a registrar esta bonita casa —dije.

—No sin una orden de registro—se opuso.

—Muy bien. Ella irá a por esa orden. ¡Kathy ve al sheriff y dile que la consiga! Yo me quedaré aquí para que esta honorable gente no intente largarse.

—¡Maldito sea, Hawk!

Amos Langtry no pudo aguantarse ya más y se lanzó contra mí.

Le metí un puño en el estómago y luego le crucé el rostro con el otro. Apenas sabía pugilismo. Salió lanzado hacia atrás, gritando:

—¡Parker!

El sirviente quedó frenado ante mi «Colt» de reglamento.

—Quieto, Parker, o te agujereo.

Obedeció al momento. Su amo se levantaba del suelo a duras penas.

—Mira por dónde —comenté—, venía a una cosa y he dado con otra. La suerte ha estado conmigo esta vez. Por favor, vayan todos a sentarse en aquel sofá.

No rechistaron. Kathy continuaba silenciosa, observando todo cuanto sucedía con gran asombro.

—Y ahora, Langtry —dije, apuntándole con el revólver—, sólo una pregunta. Las demás ya las contestará en la oficina.

—¡No sé nada de la muerte de Jenny! —gritó.

—No se trata de eso —sonreí—. Se trata de la mercancía que reparte. ¿Qué personas le compran LSD?

—¿Cómo? —parpadeó.

—Lo oyó perfectamente. ¡Conteste!

—No voy a...

—¿Quiere que nos vayamos a un cuarto usted y yo solos? —le miré duramente—. Allí las preguntas se las haré de otra manera —le acaricié el rostro con el cañón del revólver—. ¿Qué dice?

—Robert Hunt. Sólo él.

* * *

Jim Glover sabía sumar, y dos y dos le habían dado cuatro.

Miró una vez más hacia el vaso y la botella de whisky y se dijo que sí, que tenía que hacerlo. Era la gran oportunidad de conseguir algo positivo en su vida. No sabía exactamente de qué podía ir el asunto, pero seguro que era algo de envergadura, dada la personalidad del culpable, y habría dinero abundante a ganar.

Bebió un largo trago. Los ojos le brillaron más. Al diablo el periódico. Al diablo la señorita Fawcett. ¡Viva él!

La noche anterior, durante su paseo, no le había dado mayor importancia ver salir a aquel hombre de una casa que ni siquiera conocía, tal vez fuera la suya. Pero ahora, por la mañana, cuando la señorita Fawcett lo había recogido para ir al lugar del crimen... ¡se había quedado de piedra al comprobar que éste era el mismo sitio de donde había visto salir al hombre importante!

Dos y dos, cuatro.

En efecto.

Y una llamada telefónica bastaría.

Nuevo trago. Nuevos ánimos.

Al fin, descolgó el auricular.

CAPÍTULO XVII

ME las arreglé yo solo. Los demás estaban muy ocupados con lo de Jenny Roberts. Llegué a la oficina llevando delante de mí a Langtry, Parker y Malcolm. Los tres quedaron encerrados.

Ya junto al jeep, me desembaracé de Kathy:

—Tú quédate aquí, ampliando tu reportaje sobre la muerte de Jenny Roberts...

—Pero...

—Es mejor que vaya solo. De verdad. No te preocupes, tú tendrás la exclusiva... si es que consigo aclarar algo.

Kathy refunfuñó algo, pero aceptó.

Llegué a la finca de los Hunt poco antes de la hora del almuerzo. Todos se encontraban allí, familiares y colaboradores, dispuestos a darse el banquete. Se habían reunido junto a la piscina, para tomar el sol, beber unos aperitivos y algunos bañarse.

—Hola —saludé en general. A todos los conocía, a unos más, a otros menos.

Paul Hunt se acercó enseguida a mí, muy solícito.

—¿Qué hay, John?

—Malas noticias, señor Hunt —no me fui por las ramas—. He venido a detener a su hermano.

No me escuchó sólo él, también los padres, que se encontraban bajo una sombrilla cercana, y el abogado Charles Porter, quien llegaba en esos momentos junto a nosotros con un vaso cilíndrico, mediado de un líquido ambarino, para mí. No lo tomé.

—¿Cómo dices? —balbuceó Paul Hunt. Su padre había saltado de la tumbona, acercándose rápidamente. La madre se limitó a

alargar el cuello para escuchar mejor.

—Vengo a por él —señalé a Robert, quien se bañaba alegremente en la piscina en compañía de las mujeres y de Louis Simpson.

—¿Qué sandeces está diciendo, Hawk? —chilló desaforadamente el viejo patriarca, mirándome con rostro de pocos amigos.

Lo repetí una vez más, sin perder el aplomo de mi voz, serenamente:

—Vengo a detener a Robert,

—¿Por qué? —terció entonces Charles Porter, quien había decidido no desperdiciar la bebida que me traía.

—Por consumo de LSD... y tal vez por algo más. He de hablar con él.

Los dejé estupefactos. Aproveché para llegar al borde de la piscina y gritar:

—¡Robert!

—¡Hola, Hawk! —me saludó con una mano.

—¡Haz el favor de salir! —yo le tuteaba de siempre, debido a la diferencia de edad—. ¡He de hablar contigo!

También salieron las mujeres, Mia Hunt y Elizabeth Porter, y Louis Simpson. Todos cogieron toallas para secarse. Robert quedó frente a mí.

—¿Qué sucede, Hawk?

—Hemos pillado a Amos Langtry.

Su rostro perdió el color y sus manos se paralizaron, cayendo la toalla al suelo.

—No... no comprendo...

—Entiendes perfectamente. Amos Langtry es el distribuidor de droga en Fenell City, aprovechando su club nocturno. Y tú eres uno de sus clientes. ¡No lo niegues!

—Yo...

—¡No tienes por qué hablar, Robert! —le avisó el abogado Porter.

—Y no sólo eso —continué. Le veía desconcertado, consideré que era el momento—. Tú eres el único que consume LSD. ¿Y sabes qué se encontró en el cuerpo de la india muerta el otro día?

—No... no irá a... a...

—Todos conocemos perfectamente tus aires de conquista.

Muchas veces has tenido problemas con padres de jovencitas. Y la india esa fue violada y drogada. Drogada con LSD. ¿Vas comprendiendo?

—¡Yo no la maté! —gritó de pronto—. ¡No la maté!

—Ya lo veremos.

—¡No sé nada de eso! ¡Lo juro!

—El LSD tuvo que salir de algún lado.

—¡Langtry!

—Ya he hablado con él. Tiene una perfecta coartada. Esa noche le vio todo el mundo en el Selene.

—¿Qué noche?

—La del martes.

—Martes... Yo... yo estaba con un par de amigos, sí... Ellos declararán a mi favor...

—Seguro que sí. Eso está muy visto, Robert. Los compañeros que hacen el favor de amigo.

—¡No fui yo!

—Entonces... ¿quién más usa LSD? Langtry lo consigue únicamente para ti. ¿Tú lo das a alguien más?

Robert miró a todos lados, acorralado. Encontró rostros graves, preocupados. Todos habían escuchado silenciosamente nuestro diálogo y casi podía jurar que más de uno estaba temeroso de lo que allí estallara.

—Tranquilo, Robert, no pierdas los nervios —le aconsejó Porter.

Pero ya los había perdido. Giró como un loco y señaló a su cuñada:

—¡Ella! ¡Mia también lo usa! ¡Me pidió el martes precisamente porque lo había olvidado en la capital!

—¿Qué dices? —saltó su hermano—. ¿Estás loco?

—¡Lo juro! ¡Mia es una drogadicta!

Paul Hunt le cruzó el rostro de un bofetón. Pero Robert ya se había lanzado. Nada lo detenía. El dolor en la mejilla le empujaba a más:

—¡Una drogadicta, sí! ¡Y una ninfómana! ¡Es una perdida!

Yo ya los había separado, al ver que nadie reaccionaba. Luego, mi mirada fue hacia Mia Hunt. Estaba muy hermosa y apetecible con aquel minúsculo bikini amarillo. También muy asustada.

—¿Qué hizo esa noche, señora Hunt? —pregunté.

—Yo...

—Mia... —susurró Paul Hunt, consternado. Parecía haber descubierto algo—. No puede ser que tú...

—¿Qué hizo? —elevé la voz.

—¡No lo recuerdo!

—¿Cómo es posible? Sólo hace un par de días. ¿Estaba con su marido?

—No... Yo...

—¿Qué?

—Salí a dar un paseo.

—¿Sola?

—Sí, sola.

—¿Por qué?

—Me dolía la cabeza.

—¿Adónde fue?

—Por ahí... No recuerdo bien...

—¿Qué hizo?

—¡Nada!

—¿Está segura?

—¡Sí!

—¿Se reunió con alguien?

—¡No!

—¿Es cierto que toma ácido?

Silencio.

—Está bien. Usted también vendrá conmigo. Voy a aclarar este asunto de una vez por todas. Caiga quien caiga.

—¿A...adonde me va a llevar? —su voz temblaba al igual que su excitante cuerpo. Motitas de temor salpicaron sus bellos ojos.

—A la cárcel.

—¡No! ¡No puede! —miró a su esposo—. ¡Paul!

Este había vuelto el rostro, dolido, consternado, incluso horrorizado diría yo. Como si una cruel verdad le hubiera golpeado de pronto.

—¡No me detendrá! —siguió ella chillando, presa de los nervios—. ¡Yo no hice nada! —sus ojos buscaron entre los allí reunidos hasta detenerse en uno de ellos—. ¡Fuiste tú, Peter!

Una bomba atómica dejada caer allí mismo no hubiera hecho mayor efecto. Nadie fue capaz de decir algo. Ni siquiera de

moverse. Y ella siguió con aquella acusación tan sorprendente:

—¡Fuiste tú, Peter! ¡Tú la mataste! ¡Dilo! ¡Estábamos los dos juntos y apareció ella de pronto! ¡Tú dijiste que nos había reconocido de habernos visto en la reserva! ¡Te volviste loco! ¡Tú la violaste! ¡Tú me obligaste a pincharla para convertirla en una muñeca dócil! ¡Tú la empujaste a la cañada! ¡Tú, Peter, confíesalo!

Paul Hunt tenía el rostro hundido entre los hombros. La madre lloraba silenciosamente desde el sillón de ruedas. Los otros permanecieron callados y asombrados. Peter Hunt, el viejo patriarca, se abalanzó repentinamente sobre su nuera, mascullando:

—¡Maldita perra caliente!

No pude evitar que la golpeará un par de veces, tan inesperadamente fue su acción. Luego, quedó retenido por los fuertes brazos de Simpson y Porter, mientras Mia Hunt permanecía acurrucada sobre el verde césped, llorando desconsoladamente.

—¿Qué hacéis, vosotros? —les gritó el viejo patriarca, furioso—. ¡Soltadme, hijos de puta! ¡Quitad de mí esas puercas manos que también han sobado a esa zorra! ¿Es qué creéis que no lo sabía?

Lo soltaron como si quemara. No miraron hacia Paul Hunt, quien ahora sí acusó el golpe. Observé cómo apretaba los puños y sus nudillos se blanqueaban.

—¡Fuera! —chilló.

Los que habían sido hombres de confianza suyos ya se retiraban. Elizabeth, a pesar de lo escuchado, fue tras su esposo; parecía la menos afectada del grupo y aquella marcha casi apostaría a que le significaba un alivio.

—Y ahora explíqueme lo ocurrido, Peter Hunt —dije, y para ese entonces ya había empuñado mi revólver. No me podía fiar de aquella gente que me estaba mostrando unas caras muy distintas de las que yo conocía.

—La culpa es mía —habló Paul Hunt—. Quise proteger a mi padre... a pesar de saber lo que era. Un maldito psicópata.

—¿Cómo?

—Tiene un odio enfermizo por los indios, no sé por qué; nunca lo he podido saber. Su venganza consistía en violentar muchachitas indias con la colaboración y protección de Keegan. En una ocasión, una de esas jóvenes murió. Keegan se encargó de ocultarlo, haciendo desaparecer el cadáver. Mi padre le recompensó

espléndidamente. Pero ahora, al saber que yo iba a presentarme a senador, me contó la historia, me mostró la confesión firmada que tenía... y me pidió una cantidad por no desvelar la verdadera personalidad de mi padre.

—¿Y?

—Al saber lo de la india, pensé en mi padre, y más cuando Keegan volvió a llamarme y pedirme un nuevo precio por continuar con el pico cerrado. Para él también era claro que mi padre había vuelto a las andadas.

—¿Nunca comentó estas cosas con él?

—Era imposible. Cualquier intento terminaba violentamente. ¿Qué podía hacer? Tanto denunciarlo como recluirlo iba a perjudicar mi carrera, y por otro lado, como hijo, me sentía incapaz de hacer eso. Y él me lo ha pagado con... con...

Alzó un puño y lo blandió amenazadoramente contra su padre. El puño temblaba, indeciso. Yo sabía lo que estaba sintiendo.

De pronto, Ann Hunt chilló desde el sillón de ruedas:

—¡Pégale, hijo, pégale! ¡Él no es tu padre!

Otra bomba atómica. Todos miramos a la mujer como si súbitamente se hubiera vuelto loca. A excepción de su esposo, quien no perdía de vista el cañón de mi revólver.

—¡Rómpele la cara, no tengas miedo! ¡Es lo menos que se merece! ¿No sabes por qué odia a los indios? Porque uno de ellos me violentó, un sirviente que tuvimos aquí y que escapó nada más cometió su acto. Ese indio fue tu padre, ¿entiendes? Por eso te odia, por eso me odia, por eso odia a los indios. Nunca quiso comprender que eso fue el acto de un hombre, no de una raza. Durante años estuvo sin ponerme una mano encima. Luego, siempre que lo hizo, fue de una forma humillante. Y se dedicó a pagar a ese truhan de Keegan para que le dejara abusar de jovencitas indias. Así satisfacía su enfermizo odio. Y por eso siempre tuvo malos modos contigo. Y por eso, supongo, poseyó a tu mujer...

Paul Hunt no le pegó, de todas formas. Su cerebro era incapaz de asimilar tantas sorpresas seguidas. Estaba desbordado por ellas.

—¿Fue usted quien mató a Keegan y sus hombres? —pregunté —, para cortar el chantaje?

—No.

—¿Ni a Jenny Roberts?

—¿Ha muerto?

—La conoce, ¿eh?

—Intentó también chantajearme.

—Por la muerte de Keegan y sus hombres.

—No. Por lo mismo que Keegan. Ahí tiene la prueba de que yo no fui el que los mató. Ella no me consideraba culpable.

—Ya. ¿Y usted, Peter Hunt? ¿Qué sabe de esos crímenes?

—Nada.

—¿Tampoco sabe nada del tesoro indio? —aventuré.

—¿El tesoro indio? —preguntó Mia, dejando de llorar y poniéndose en pie.

—Eso he dicho. ¿Qué sabe usted?

—La india aquella, una vez drogada, habló de un tesoro valioso que se estaban llevando de no sé dónde... Yo no le hice mucho caso. Él estaba encima de ella...

—¿Qué hay de eso, Peter Hunt? —me encaré de nuevo a él—. Si no fue usted, más vale que hable, o por lo que ha dicho su nuera, cargará con esos crímenes. Usted conocía la existencia del tesoro indio...

No se lo pensó mucho.

—Está bien —cabeceó, asintiendo—. Todo está perdido. No voy a dejar que ese cabrón se quede con todo... Después de... de lo ocurrido, acudí al lugar indicado por la india. Aún pude ver como varios hombres estaban cargando una furgoneta. Los reconocí y al día siguiente entré en contacto con uno de ellos, quien me merecía más confianza que los otros, Keegan y sus muchachos. Me fue fácil llegar a un acuerdo con él. Yo tengo buenos contactos en el estado y me sería sencillo colocar la mercancía sin problemas, él eliminaría a Keegan y pandilla, así el reparto sería mayor. De esa forma yo me quitaba para siempre el estorbo constante de Keegan... Luego, inesperadamente, apareció en escena la amiguita de Keegan.

—¿Jenny Roberts?

—Sí.

—¿No era la amiguita de Amos Langtry?

—Jugaba varias barajas, según supe por mi socio. Este se enteró de todo cuando ella dio la cara para chantajearlo. Le convenía tener amarrado a Langtry para no perder el empleo, pero también le gustaba Keegan y el negocio que tenía con él. Era lista, la muy

condenada, al saber jugar con dos hombres a la vez. Keegan se valió de ella para averiguar el sitio donde se encontraba el tesoro. Y por otro lado era la depositaria de una confesión de Keegan acusándome de la muerte de aquella india, hace unos años... Jenny conocía la existencia de mi socio, que a la vez lo era de Keegan, aunque él no sabía nada de ella. Jenny le dijo telefónicamente que lo conocía todo y que sospechaba de él como causante de la muerte de Keegan y sus hombres. Además, ¿dónde estaba el tesoro? Quería una parte, por supuesto. Mi socio fue a su casa por la noche y la mató. Y se hizo con la confesión de Keegan. Dijo que se la guardaría por si algún día intentaba engañarlo; no me la quiso entregar. Bien. Vaya y dele la sorpresa, Hawk.

—Aún no me ha dicho quién es.

* * *

Kathy Fawcett estaba un tanto preocupada porque no conseguía localizar al fotógrafo. Había abandonado la casa de la infortunada Jenny Roberts, no estaba en el hotel, ni en su habitación ni en el hall, tampoco en el bar... Bar. ¿Por qué no en algún bar de la población? Conocía su afición a la bebida.

Pero la búsqueda resultó infructuosa. Al final, cansada, optó por regresar a su habitación del hotel. No sabía que allí, precisamente allí, había establecido a cita Jim Glover con la persona a la que pensaba chantajear. Contaba con que Kathy iba a estar muy entretenida con el ayudante del sheriff...

Abrió la puerta y sus ojos se desorbitaron al ver el cuerpo del fotógrafo tendido en el suelo, rodeado de un charco de sangre.

Alguien que se había colocado tras la puerta, al sentir el hurgar de la llave en la cerradura, la cerró de golpe.

Kathy Fawcett giró la cabeza. Vio el cuchillo que aún goteaba sangre. Vio el rostro del asesino.

—¡Usted...! —sólo pudo exclamar. Una mano tapó su boca. La otra, la armada, buscó su cuello.

CAPÍTULO XVIII

NO había nadie en la oficina. En una celda quedaron Peter y Robert Hunt, y en otra Mia Hunt. Telefoneé al hospital y logré dar con Steve Lutz. Le rogué que acudiera al momento, tenía que vigilar a los prisioneros mientras yo me movía por Fenell City. No quería dejarlos solos y al regreso encontrármelos convertidos en desagradables fiambres.

A continuación, intenté dar con mi jefe, pero no lo encontré en ningún lado, Al pasar junto al hotel donde se alojaba Kathy Fawcett, decidí subir y contarle lo que pasaba. Incluso tal vez ella me pudiera ayudar...

Llegué ante la puerta y cuando iba a tocar en ella con los nudillos, escuché algo raro, una especie de forcejeo...

No me lo pensé ni un segundo. Me lancé contra la hoja de madera y ella y yo entramos a una en la habitación. El cuadro que encontré era altamente llamativo.

Me olvidé del muerto y me ocupé de los vivos. Caí sobre el asesino cuando ya iba a darle al tajo mortal a Kathy Fawcett.

Logré apartarlo de la muchacha, una de mis manos atrapando ferozmente su muñeca armada. Pude retorcérsela, a pesar de su oposición. Chilló y yo hice más presión, hasta que soltó el puñal. Entonces mi puño izquierdo se incrustó en su estómago. Resopló. Mi rodilla fue a sus ingles y mi puño derecho a su mandíbula. Salió lanzado hacia atrás, gritando como un poseso.

Fui tras él, implacable. El muy maldito se merecía eso y mucho más. Por otro lado, no era de extrañar que no me hubieran dicho nada de su presencia en el hotel, al pasar por recepción. Debía

haber utilizado la puerta de emergencia, él conocía muchos trucos.

Le di una patada en las costillas y se quedó más dócil que un caballo muerto. Entonces saqué las esposas y se las coloqué.

Al sonar el chasquido de cierre, dije:

—Asunto concluido, jefe.

EPILOGO

FUE todo un escándalo. Y Kathy Fawcett se apuntó un gran éxito en su carrera profesional.

Los detenidos recibieron distintas penas, según sus culpabilidades.

Paul Hunt consiguió el divorcio y presentó su dimisión, que, naturalmente, le fue aceptada. Su madre falleció unos meses después, víctima de un fallo cardíaco. Entonces el ex senador liquidó todos sus bienes —lo que le correspondía a él, claro está— y desapareció. No se volvió a saber de él.

Con el tesoro indio, descubierto tras la confesión de Richard Morley, ocurrió lo que tanto temía mi viejo amigo Bull. Pasó a poder estatal. El alcalde Carrigan, con muy buen ojo, consiguió que permaneciera en Fenell City, gracias a la urgente creación de un museo dedicado exclusivamente a él, y hoy día sirve de fuerte atracción para el turismo, nueva fuente de ingresos para los habitantes de la población tras el escandaloso asunto.

¿Y respecto a mí?

Actualmente, yo soy el sheriff del condado y tengo como esposa a la fundadora y directora del periódico local que buena falta nos hacía. Kathy lo montó con el dinero que consiguió por su excepcional reportaje sobre el caso Hunt. Y poco más ya que decirles, salvo que para dentro de un par de meses esperamos nuestro primer bebé...

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.